Alvarez

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

NATIVA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N 9.
1861.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae .. resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marques y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis
Ilusiones de la vida.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chincho
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españ
Los dos inseparables.
La pesadilla de un case
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el B
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernar
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florenci
La Archiduquesita.
La escuela de los amigo
La escuela de los perdi
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Car
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajen
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla
La calle de la Montera
Los pecados de los padr
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreñ
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento
La agenda de Correlar

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

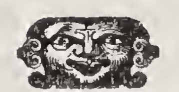
NATIVA.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. EMILIO ALVAREZ.

Representado por primera vez en el teatro del Príncipe el dia 6 de Diciembre de 1861.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAJES.	ACTORES.
NATIVA................	D.ª Teodora Lamadrid.
LINDO	D.ª Carolina Toral.
D. JUAN DE AUSTRIA...	D. Pedro Delgado
EL CONDE DE TENDILLA.	D. Pedro Montaño.
DANIEL EL ZAMAR.....	D. Juan Casañer.
JACOBILLO MEDRANO...	D. Mariano Fernandez.
UNA ABADESA..........	D.ª Balbina Valverde.
Monjas, Estudiantes.	

La accion del primero y segundo acto en Guadix. La del tercero en Granada.

Debiera leerse tu nombre al frente de estas líneas?

No. Ignoren todos á quién van dirigidas, asi como todos ignoran quién me inspiró los mas sentidos conceptos de mi *Nativa*; dónde y cuándo les dí luego nombre de drama, y cómo y por qué se representó este drama en el teatro del Príncipe.

Ignoren todos, pues, lo que esta página significa para nosotros dos.

Tú, á quien vá dirigida, recuerda al fijar en ella tus ojos, que cumple mi mas ardiente deseo, al dedicarte de nuevo mi drama.

Harto sé que le tienes singular predileccion: bien haces; quiérele mucho: tuyo es, como es tuyo el constante cariño de tu

Emilio.

ACTO PRIMERO.

Patio de una posada en Guadix. Á la izquierda en primer término una escalera que conduce á un corredor practicable, en cuyo término se vé una puerta que significa ser de la habitacion de Nativa. En el ángulo izquierdo la puerta de entrada. Otra puerta en el ángulo derecho, que dá paso á las habitaciones interiores. Á derecha é izquierda mesas y bancos de pino. Otra puerta á la derecha en primer término.

ESCENA PRIMERA.

DANIEL, el CONDE DE TENDILLA.

CONDE. Guárdeos Dios, maese Andres. (Entrando.)
DANIEL. Señor Conde, que él os guarde.
CONDE. Cerrad el meson, que es tarde.
DANIEL. Aun no es de noche.
CONDE. Si es.
¿Hay huéspedes?
DANIEL. Hay.
CONDE. Serán
trajineros.
DANIEL. Estudiantes.
CONDE. Hacedlos dormir.
DANIEL. Es que antes
de acostarse, cenarán.
CONDE. Que haya silencio hais de hacer.

¿Cuidais á esa dama?

DANIEL. Si.
Del trato que encuentra aqui
ella os puede responder.
Cuando vine, un mes hará,
á ser dueño del meson,
la hallé en esa habitacion
que paga dos años há.
Cuidarla es mi afan mayor;
ello en fin... vive en posada,
pero mi trato la agrada.
mas que el de mi antecesor.

CONDE. Por vuestra solicitud. (Dándole una bolsa)

DAEIEL. Gracias; obré cual debia;
que mas cuidado exigia
su quebrantada salud.

CONDE. Bueno: mas ya ha concluido
vuestra mision.

DANIEL. ¿Por qué asi?

CONDE. Porque ella sale de aqui
para no volver.

DANIEL. (¿Qué he oido?)
¿Y cuándo deja el meson?

CONDE. Dentro de una hora.

DANIEL. Lo siento.
(¡Oh, no hay que perder momento!)

CONDE. ¿Qué murmuras?

DANIEL. ¡La oracion!
(Suena lejano el toque de oracion. El Conde sube á la habitacion de Nativa y observa desde la puerta.)
¿Qué es lo que acabo de oir?
Van á separarnos... ¡Oh!
Vaya donde quiera, yo
sus pasos he de seguir.
Pero ella ama á los cristianos;
si entre ellos se vá... ¿qué espero?
¡Valor! Ó á sus manos muero,
ó la arranco de sus manos.

ESCENA II.

DANIEL., JACOBILLO, ESTUDIANTES.

JACOB. ¡Posadero! Entrad. (Desde el foro.)
DANIEL. ¡Chiton!
(Á los Estudiantes que entran en tumulto.)
No hagan ruido.
JACOB. No le harán.
Mas decidme, dónde estan
las mozas de este meson?
DANIEL. ¿Quién las llama?
JACOB. ¿Quién las llama?
(Pavoneándose.)
Yo.
DANIEL. ¿Vos?
JACOB. Enviadme dos.
DANIEL. ¿Mas qué os hace falta á vos?
JACOB. Servicio de cena y cama.
Y habeis de entender que quiero
buena cama y mejor cena;
porque traigo bolsa llena,
y me dá enojo el dinero.
ESTUD. Y á mí; y á mí.
DANIEL. No hagan ruido.
CONDE. ¡Silencio! (Bajando.)
DANIEL. ¿Callareis?
ESTUD. No.
JACOB. ¿Quién dijo silencio?
CONDE. Yo.
JACOB. Afuera el entrometido.
ESTUD. Afuera.
CONDE. ¡Silencio!
ESTUD. Afuera.
CONDE. Si otra vez oigo tú acento,
(Oprimiendo el brazo de Jacobillo.)
saldrá tu postrer aliento
con tu palabra primera.
ESTUD. ¡Á él!
CONDE. Canalla... sois pocos.
(Los Estudiantes retroceden.)

¿Teneis algo que añadir?
Maese Andrés, haced dormir
á esa cuadrilla de locos.
(Se vá por la derecha. Lindo llega por la izquierda.)

ESCENA III.

LINDO, JACOBILLO, DANIEL, ESTUDIANTES.

ESTUD. ¡Á él!
LINDO. ¿Hay pendencia?
DANIEL. Es llano;
los han insultado.
LINDO. ¡Oh!
¿Cómo y quién os insultó?
JACOB. No sé.
DANIEL. Un Conde castellano.
LINDO. ¿Qué decis?
DANIEL. El Conde exige
que nadie hable recio aqui.
Tal dijo...
LINDO. ¿Y callasteis?
DANIEL. Sí.
JACOB. Vos tambien...
DANIEL. Yo nada os dije.
LINDO. ¿Cómo? ¿y logró sorprenderos
un conde insolente? ¡Andad!
¡Mengua es tal debilidad
en mis bravos compañeros!
JACOB. Es que...
DANIEL. Es que en esta tierra
manda el príncipe don Juan,
y es arriesgado un desman
en estos tiempos de guerra.
LINDO. ¿Pues qué, porque vencedor
es del pendon africano,
usa el príncipe cristiano
tan inaudito rigor?
DANIEL. (¿Qué escucho?)
JACOB. (Nos has perdido.)
Calla por Dios.)
LINDO. ¿Qué es callar?

Por mi fé que he de vengar
el insulto recibido.
Seguidme.

DANIEL. Ya es vano empeño.
El Conde es asi... ¿qué hacer?
y ello es fuerza obedecer
al príncipe nuestro dueño.
El Conde cela el meson
en su nombre.

LINDO. ¿Por qué asi?

DANIEL. La dama que habita allí
es de tal celo ocasion.

LINDO. ¿Quién es?

DANIEL. Lo ignoro: ahí está
desque la guerra empezó.

LINDO. ¿Vive sola?

DANIEL. Si: perdió
á su hijo dos años há.

LINDO. ¡Oh!... dejadme entrar.

DANIEL. No haré. (Deteniéndole.)

LINDO. ¿Quién habita ese aposento?

DANIEL. Una mujer.

LINDO. (¡Qué tormento!)
¿Es de Granada?

DANIEL. No sé.

LINDO. ¿Cómo se llama?

DANIEL. Isabel.

LINDO. ¡Isabel! ¡No es ella!
(En el gesto de Daniel se ha de ver que adivina quién es Lindo, expresando contento de conocerle.)

DANIEL. (Á los estudiantes.) Vamos...
¿Cenan?

JACOB. ¿Cenamos? (Consultando á Lindo.)

LINDO. Cenamos.
(Gran alegria en los Estudiantes.)

JACOB. ¿Háilo añejo? (Ademan de beber.)

ESTUD. Dadnos de él.

JACOB. ¿Hay mucho?... (Ademan de comer.)

DANIEL. De todo.

JACOB. Quiero.
¿Sois casado?

DANIEL. Sí, señor,

JACOB. ¿Hay carnero?
DANIEL. Del mejor. (Váse.)
JACOB. ¡Excelente posadero!
Id: saquead la posada.
UN EST. ¿Y tú?
LINDO. No vá.
JACOB. Enhorabuena:
que preparen buena cena,
que fué larga la jornada.
Y añadid á mi racion,
que ha de ser racion... visible,
una cazuela terrible
de sopas de ajo.
ESTUD. ¡Gloton! (Se van.)

ESCENA IV.

LINDO, JACOBILLO.

JACOB. ¡Ah! ya el sueño me atosiga.
(Bostezando. Lindo llega á Jacobillo y oprime con fuerza su mano.)
¿Qué tienes?
LINDO. ¡Ay, Jacobillo,
soy muy desgraciado!
JACOB. ¿Tú?
¡Hay tal!... ¡Si llevas camino
de llorar! ¡Tú! ¡Por mi nombre!
¡Tú lágrimas y suspiros!
¡Tú de entendimiento lleno!
¡Tú de espíritu tan rico!
Tú de todos el mas bravo...
de todos el mas altivo...
tanto... que por jefe nuestro
unánimes te elegimos,
y al darte amor y respeto,
dímoste el nombre de Lindo.
¿Qué hay en tí que asi te apena?
¿qué dolor llevas contigo?
LINDO. Oye: ¿sabes por qué vamos
á Granada?
JACOB. No adivino...

Dijiste... «á Granada,» y todos
á Granada te seguimos.
Pienso, que estudiantes pobres,
á hacer suerte decididos,
vamos á Granada, para
salir de Granada ricos.

LINDO. ¡Es que Granada es mi patria!
JACOB. Lo sé.
LINDO. ¡Es mi suelo nativo!
JACOB. ¡Vuelta!
LINDO. ¡Allí nací!
JACOB. ¡Otra vez!
Dime aun que eres granadino.
LINDO. Mi padre... ¡si tú supieras!
JACOB. Tu padre...
LINDO. ¡Ay! ¡Le he perdido!
JACOB. Tambien lo sé.
LINDO. Es que tú ignoras...
(Trayéndole á sí.)
¿Sabes tú de quién soy hijo?
JACOB. ¿De quién? Habla.
LINDO. Eres cristiano;
vas á aborrecerme.
JACOB. Dímelo.
LINDO. Del valiente Aben-Humeya
sangre en mis venas abrigo. (Con orgullo.)
JACOB. ¡Poder de Dios! ¿Tú eres moro?
LINDO. De ellos vengo.
JACOB. ¡Jesucristo!
LINDO. Cristiano en la forma.
JACOB. ¡Ya!
¡como quien dice... mestizo!
LINDO. ¿Huyes de mí?
JACOB. La sorpresa...
la... ¡pues! ¡Es moro! ¡Dios mio!
LINDO. ¿Ya no me quieres?
JACOB. Si... pero...
LINDO. No me niegues tu cariño.
¡Mi madre es cual tú, cristiana,
y me quiere con delirio!
JACOB. ¿Cristiana de corazon?
LINDO. Adora en la cruz.

JACOB. ¡Qué lio!

(Daniel asoma en este momento observando á Lindo con interés.)

LINDO. Tal es mi pena, Jacobo;
hallar á mi madre ansío,
mas la sombra de mi padre
se interpone en mi camino,
y el término no hallaré
sin vengarle.

JACOB. ¡Dios bendito!
¿Y en quién vengarle?

LINDO. En cristianos.

JACOB. Queda en paz.

LINDO. Es mi destino.
Aun albergan esas sierras
vasallos del padre mio.
Allí Daniel el Zamar
acaudilla á los moriscos,
que á mi desdichado padre
alzaron rey allí mismo.
Noble es Daniel, y será
fiel y esforzado caudillo:
su adhesion á la persona
de mi padre, le hace adicto
á la mia: á verle voy:
en él mi venganza fio;
vencer ó morir con él
es mi suerte; á eso he venido.

JACOB. ¡Un hijo de Aben-Humeya! (Persignándose.)
La Vírgen vaya conmigo. (Se vá.)

ESCENA V.

LINDO, DANIEL.

DANIEL. Á tiempo llegué.

(Despues de asegurarse que estan solos y en voz baja á Lindo.)

LINDO. ¿Vos?

DANIEL. Si.

LINDO. ¿Quién sois vos?

DANIEL. Quien vá á serviros.

Al sucesor de mi rey
en vos he reconocido.
¿Recordais vos mis facciones?
Miradme bien.

LINDO. No adivino...

DANIEL. Si; tú me has visto en Granada;
eras entonces muy niño...
¡pero... recuerda!

LINDO. ¡Esperad!
¡Si; yo en Granada os he visto!

DANIEL. ¡Mírame bien!

LINDO. ¡Oh! ¡qué idea!
¿Seriais vos?...

DANIEL. ¡Si!

LINDO. ¡Dios mio!
Vos sois Daniel el Zamar.

DANIEL. ¿Me conoces?

LINDO. Si.

DANIEL. ¡Eres hijo
de Aben-Humeya! ¡Tu mano!
(Presentando la suya.)

LINDO. Tomad.—¡Venganza!

DANIEL. ¡Sigilo!
Fingiendo orígen y nombre
me hallo aqui.

LINDO. Contad conmigo.

DANIEL. Poco hace saber querias
si esa mujer... no te he dicho
su nombre. Pero ante todo,
¿eres de tu raza digno?
Lo eres; dícenlo esos ojos.
Nacida en la fé de Cristo,
esa mujer hubo el nombre
de Nativa... Tuvo un hijo...

LINDO. ¡Mi madre!
(Se dirige precipitadamente á la escalera.)

DANIEL. Un momento. (Interponiéndose.)

LINDO. ¡Atrás!

DANIEL. Escucha. Ama con delirio
á un altivo castellano.

LINDO. ¿Ella?... (Deteniéndose.)

DANIEL. Pronto en este sitio

le verás.

LINDO. ¡Su nombre!

DANIEL. El príncipe
don Juan de Austria.

LINDO. ¡Dios mio!—
¡Venganza!

DANIEL. En su nombre un Conde...
el de Tendilla.

LINDO. ¡Qué he oido!

DANIEL. Viene á verla en mengua tuya.

LINDO. ¡Él!

DANIEL. ¿No lo has visto ahora mismo?

LINDO. ¡Es verdad!

DANIEL. Hace dos años
por órden superior vino
á Guadix: por él guiada
hospedóse en este sitio
una mujer: allí está. (Señalando la habitacion.)

LINDO. ¡Es mi madre! (Con desaliento.)

DANIEL. ¡Infeliz niño!
¡Madre cruel!

LINDO. ¡Es mi madre!
(Yéndose con energia.)

DANIEL. ¡De Aben-Humeya eres hijo!
(Con énfasis, interponiéndose.)

LINDO. ¡Me haceis mal!

DANIEL. Escucha aun.
Allá en profundo sigilo,
siendo ya entrada la noche,
un hombre vendrá á este sitio
por tu madre: ella le ama;
él es poderoso, altivo,
y con él parte de aqui.

LINDO. ¡Mi madre!

DANIEL. Es fuerza impedirlo.

LINDO. ¡Sí por Dios!

DANIEL. Solo hay un medio.
Sepa que se halla su hijo
amenazado de muerte,
si escucha amor tan indigno.

LINDO. Sí, corro en su busca.

DANIEL. No.

No ha de creer por tí mismo,
viéndote libre en sus brazos,
que tu vida está en peligro.

LINDO. Es verdad.

DANIEL. Aqui hay papel.
(Mostrándole una mesa en que habrá papel y tintero.)
Ten y escribe.

LINDO. Yo...

DANIEL. Es preciso.

LINDO. Vos sois Daniel el Zamar.
Yo creo en vos. Dictad.

DANIEL. Dicto.
(Dictando.) «Al portador de estas letras
atended.» (¡Cándido niño!)
«Mi vida es suya.»—Firmad.
Bien. Guardando el papel que le entrega Lindo.)

LINDO. ¡Venganza! En vos confio.

DANIEL. Fia en mí.

LINDO. El de Tendilla...
¡Vengarme de él necesito!
Por mandato de ese conde
fuí á Sevilla conducido.
Hasta hace un mes, encerrado
me tuvo; hallé al fin camino
de escapar, vuelo en su busca;
le hallo al fin... ¡Dios sea bendito!

DANIEL. Espera allí.
(Señalándole la primera puerta de la derecha.)
¡Buscaremos
el mas terrible castigo!

LINDO. ¡El mayor!

DANIEL. Entra.

LINDO. ¡Mi madre!
(Queriendo volver.)

DANIEL. Mancha con amor indigno (Deteniéndole.)
el nombre de Aben-Humeya.

LINDO. ¡Mi madre! (Dudando)
¡No; padre mio!
(Con resolucion. Desaparece.)

ESCENA VI.

ANDRES.

¡Oh! ¡qué ocasion de venganza
hoy me brinda la fortuna!
Pobre niño... ¡vienes ciego!
¡Tú eres mi esperanza única!
Nativa... mia serás,
que tu hijo viene en mi ayuda.
(Nativa asoma en este momento y desciende con anhelante y cuidadosa accion. Daniel logra recatarse de ella.)
¡Qué veo!... Ella es... el príncipe
vá á llegar... viene en su busca.

ESCENA VII.

NATIVA, DANIEL.

NATIVA. Soledad... silencio.... ¡oh!
¡qué rumor!..
(Llegando hasta la puerta del foro.)
Nada se escucha.
¡Cuánto tarda! ¡Oh, noche, avanza!
¡Tú su llegada me anuncias!
¡Tú meces mis ilusiones!
¡Tú mis lágrimas enjugas!
¡Tu blanca luz, luna hermosa,
dias mejores me augura!
¡Yo elevo á tí la mirada
buscando amor! ¡Tú que endulzas
mis penas, dime si ahora
con igual mirada busca
el hijo mio mi afan
en tu luz serena y pura!
DANIEL. No. (Llegando á su lado cautelosamente.)
NATIVA. ¡Dios mio! ¡Daniel! (Huyendo sobrecogida.)
DANIEL. ¡No!
NATIVA. ¡Vos! ¡siempre vos!

DANIEL. Ven; no huyas.
Quiero hablarte.
NATIVA. No.
DANIEL. ¿Y tú hijo?
¡Escucha esta vez!
NATIVA. ¡La última!
DANIEL. La última... si; todo está
dispuesto para tu fuga;
lo sé: puedes huir de mí;
yo te permito que huyas;
mas te alejas para siempre
del hijo amado que buscas.
NATIVA. Mi hijo...
DANIEL. Se halla en mi poder.
NANIVA. ¡Mentis! ¡Villana impostura!
Harto logró vuestro engaño
empeñarme en una lucha
que ódia mi lealtad, si bien
el ser madre la disculpa.
No se halla en vuestro poder
el hijo mio.
DANIEL. ¿Hoy lo dudas?
NATIVA. Nécia de mí que dudé,
sabiendo quién sois.
DANIEL. ¿Me insultas?
NATIVA. Si; conozco vuestro orígen,
y haré vuestra audacia pública.
Vos sois Daniel el Zamar!
DANIEL. ¡Calla! (Atemorizado.)
NATIVA. No: tan vil astucia
no ha de evitar por mas tiempo
que vuestros planes descubra.
Sé que al príncipe don Juan
acechais, y aqui os oculta
un deseo de venganza
propio de vos.
DANIEL. ¡Calla!
NATIVA. ¡Nunca!
DANIEL. ¡Sígueme!
NATIVA. ¡No!
DANIEL. ¡Huye conmigo!
Deja á los cristianos!

NATIVA. ¿Que huya?
DANIEL. Pronto, Nativa!
NATIVA. ¡Ese nombre!...
DANIEL. Es el tuyo; el que hoy ocultas
entre cristianos: tú eres
Nativa de Rojas, viuda
del feroz Aben-Humeya!
NATIVA. Salid de aqui.
DANIEL. Antes escucha.
Tu hijo está en mi poder;
me crees?
NATIVA. No.
DANIEL. Oye y juzga.
Fué á Sevilla conducido
dos años hace; sin duda
temiendo la guerra, al Conde
encargaste su clausura,
y ausente y quieto le tuvo,
sin faltar noticias suyas.
Pero al fin logró escapar;
¿lo ignoras?
NAVIVA. (¡Cruel angustia!)
DANIEL. Yo, por vencer tu desden,
fuí la ocasion de su fuga:
mio es, no huyas de mí,
porque su muerte es segura.
Cede hoy á mis mandatos,
pues no cediste á mis súplicas.
NATIVA. ¡Oh! jamás.
DANIEL. ¡Piensa en tu hijo!
NATIVA. No se halla con vos.
DANIEL. ¿Aun dudas?
NATIVA. ¡Mentis! ¡Sois un miserable!
¡Os desprecio!
DANIEL. ¿Qué pronuncias?
Lee, desdichada, lee,
y tiembla.
(Mostrándola el papel en que escribió Lindo.)
NATIVA. ¿Qué es esto?
DANIEL. Escucha.
«Al portador de estas letras
atended; mi vida es suya.»

NATIVA. ¡Su letra! ¡Jesus me valga!
DANIEL. ¡Lee!
NATIVA. ¡Que Dios os confunda!
DANIEL. Bien. (Guardando el papel y alejándose.)
NATIVA. (Deteniéndole.) ¡Mi hijo!
DANIEL. ¡Tú lo quieres,
que su destino se cumpla!
NATIVA. ¡Ah! ¡Perdon! ¡Muévaos mi llanto!
Compadeced mi amargura.
¡Hijo mio!... ¿Dónde está?
Dádmele... ¿quereis que huya?
Vamos. ¿Qué ordenais? en mí
no hay mas voluntad que una:
la vuestra... ¡Perdon, Daniel!
Yo he sido contigo injusta,
lo confieso, pero tú
perdonarás mis injurias,
¿verdad? ¿Dónde está mi hijo?
Partamos, ¿dónde le ocultas?
¿Le hablaste de mí? ¿Qué dice?
Tal vez de cruel me acusa
porque ausente de él viví
dos años!... ¡suya es la culpa!
que un dia, huyendo mi amor,
indiferente á mi súplica,
quiso á la guerra partir
contrario á la causa justa!
Mas ya no hay guerra... y él vive!
¿verdad?... ¿Tú me lo aseguras?
¡Salvé su vida, y su alma
salvaré, que Dios me ayuda!
¡No burles tú mi deseo!
¡No mates mi ambicion única!
¡Nunca le hables de su padre!
¡No le hables de tu ley nunca!
¡No triunfes de su inocencia!
¡de mí si quisieres triunfa!
¡Dame libre al hijo mio,
y mi vida entera es tuya!
DANIEL. Bien, Nativa: escucha ahora
mis condiciones.
NATIVA. Pronúncialas.

DANIEL. No quiero que huyas conmigo.
Renuncio á tu amor.

NATIVA. (Recelosa.) ¿Renuncias?

DANIEL. Tú me aborreces.

NATIVA. No.

DANIEL. Si.
Hoy solo quiero tu ayuda
para vengarme.

NATIVA. ¿Qué intentas?

DANIEL. ¡Satisfaccion de mi injuria!
Intento hacerte mi cómplice,
y que en tí á la par se cumpla
mi venganza, cuando al príncipe
abras tú misma la tumba.

NATIVA. ¡Qué horror!

DANIEL. ¿Te estremeces? Le amas.

NATIVA. ¡Oh!

DANIEL. ¡Ni una palabra, ni una!
(Interrumpiéndola.)
Hay un hombre á quien el príncipe
con incansable afan busca;
que acaudilla gente mora
en esas sierras oculta;
ese hombre soy yo. Las señas
pude cambiar que me acusan.
Nombre y calidad fingí.
Mira tú como aseguras
mi persona. Ay de tu hijo,
como á don Juan me descubras.

NATIVA. ¡Oh, Dios mio!

DANIEL. Partirás
esta noche... y luego... escucha:
yo en la habitacion del príncipe
quiero entrar... el medio busca.

NATIVA. ¡Oh, no entrareis!

DANIEL. ¡Entraré!
Este papel lo asegura.

NATILA. ¡Trama infernal!

DANIEL. ¡Chist! Si hablas
de mí...
(Apercibiéndose que llega gente, y acercándose á la puerta de la derecha, por donde desaparece.)

NATIVA. ¡Ah! no.

DANIEL. Lengua muda.

(Desaparece á tiempo que llega el Conde por el fondo.)

ESCENA VIII.

NATIVA, el CONDE.

CONDE. (Llegando á ella con afanosa solicitud.)
¿Aqui vos?

NATIVA. Ah, Conde...

CONDE. ¿Y bien?
¿Os sentis mal? ¿Qué os inquieta?

NATIVA. Nada, á esperaros bajé...
la natural impaciencia...

CONDE. Bien veis que á don Juan precedo.

NATIVA. ¿Vá á llegar? (Sobresaltada.)

CONDE. Pregunta es esa
que don Juan no os perdonara,
pues que vos le esperais, piensa.

NATIVA. Yo... Conde...

CONDE. Dudais acaso
que ansioso á buscaros llega,
y que os previno en Granada
mas apacible vivienda?

NATIVA. ¡Qué bueno es don Juan! ¡Que Dios
premie su bondad extrema!

CONDE. Y su amor.
(En tono confidencial.)

NATIVA. ¡Conde!...
(Sobresaltada y mirando con inquietud la puerta por donde salió Daniel.)

CONDE. ¡Él os ama!

NATIVA. ¡Callad!

CONDE. ¿Qué inquietud es esta?
¿Os sentís mal?

NATIVA. ¡Conde, si!
¡Porque... porque estoy enferma!
Bien lo veis... me sobresalta
la novedad mas pequeña...
y por eso... es menester

que mi viaje se suspenda...
¡Y el príncipe vá á llegar!
¡Viene por mí... que no venga!
Impedidlo vos... aqui
cien enemigos le acechan...
bien lo sabeis... y la noche...
la soledad... yo quisiera
partir con vos... con vos solo!
Y... no puedo; me sujeta
aqui mi estrella, y en vano
intento huir de mi estrella!
Y ademas... ¿nadie nos oye?
no.—Tal vez mi hijo sepa
que estoy aqui... Tal vez llegue
en busca mia... y si llega,
y ve que á don Juan seguí...
no ignorais cuánto me cuesta
su funesto error. Id, Conde.
No me hableis; nada os detenga.
Id; suspended mi partida:
mirad mi afan!... Ved mi pena!
Ved que no sabeis á cuánto
don Juan en venir se arriesga.
Ved que su vida es mi vida,
y hay quien á su vida atenta.
¡Ved en fin, que vá á llegar!
¡Que no venga! ¡Que no venga!

CONDE. ¡Nativa, volved en vos!
¿Qué extraña locura es esta?

NATIVA. Dad crédito á mis palabras
y partid.
(Evitándole y subiendo á su habitacion.)

CONDE. ¿Que parta?

NATIVA. Es fuerza.
Silencio... y volved.

CONDE. ¿Yo?

NATIVA. ¡Vos!
(Próxima á desaparecer.)
¡Solo vos! Yo estaré alerta (Desaparece.)

ESCENA IX.

CONDE, luego JACOBILLO.

CONDE. ¿Se niega á partir? ¿Qué es esto?
¿Quién tal misterio penetra?
Enferma está; sí. La fiebre
debilitó su cabeza!

JACOB. ¡Jesus! ¡Jesus! ¡Yo estoy muerto! (Entrando.)
¡No acierto á mover las piernas!
¡Entre nosotros un moro!
¡Un hijo de Aben-Humeya!

CONDE. ¿Cómo?

JACOB. ¡Lástima de mozo!
(Avanzando sin ver al Conde.)
¡Voto á!... Que de moros venga
quien tan lindamente trova,
y tan bravamente pega!
(El Conde sujeta á Jacobillo del brazo trayéndole á sí.)
¿Quién vá?

CONDE. ¡Silencio!

JACOB. ¡El soldado!
(¡Cayóse la casa á cuestas!)

CONDE. ¿Dónde está?

JACOB. (Oyó.)

CONDE. ¡Pronto!

JACOB. (¡Aquí
vá á haber alguna tragedia!)

CONDE. Hablad.

JACOB. Pero...

CONDE. ¡Si no hablais
voy á arrancaros la lengua!

JACOB. ¿Qué es arrancar? Yo hablaré,
vedme con la boca abierta.

CONDE. ¿Quién le trajo? ¿quién sois vos?
¿Qué haceis aquí?

JACOB. ¡Echa! ¡echa!
no pregunte usarcé tanto,
que me confundo... y me... (¡Aprieta!
(Reparando en la banda que trae el Conde.)

¡trae banda! ¡Es pájaro gordo!)
Voy: perdone vuecelencia.
Soy Jacobillo Medrano;
noble, natural de Utrera,
soltero, estudiante, pobre...

CONDE. Abreviad.

JACOB. Tened paciencia;
que es fuerte el caso, y no es cosa
que el caso, acaso me envuelva.
El caso es que de Sevilla
salimos con hambre fiera,
veinte estudiantillos... ¿eh?
de esta facha... y de esta fecha;
dispuestos á correr mundo,
viajando... asi... á la ligera!
Abreviaré. Pronto hallamos
una venta, y en la venta
dímos con un trovador
de habilidad estupenda!
Jovencillo... lindo rostro,
breve pié, gentíl presencia,
franco, liberal, valiente,
gran corazon, gran cabeza...
¡Pobre Lindo!—Perdonad,
murió para mí... *requiescant.*

CONDE. ¿Vino entre vosotros?

JACOB. ¡Ay!
¡Ignorabamos quién era!

CONDE. ¿Y cómo supisteis?...

JACOB. Voy.
Paciencia, señor, paciencia.
Con él la venta dejamos.
Sacó él de allí bolsa llena:
con la bolsa nos brindó:
¿quién tan gran merced no acepta,
si vé en gran bolsa, barruntos
de culinarias grandezas?
Nombrámosle jefe... y él
nos arengó... ¡brava arenga!
Dijo... «¡á Granada!» Y nosotros:
«¡adonde tu bolsa quiera!»
Y asi, en tranquilas jornadas,

sin afan, pierna tras pierna,
nos, en tristes alegrias,
y él, en alegres tristezas,
nos, comiendo, y él pagando,
dimos en Guadix.—Paciencia.
Solos aqui, llegó á hablarme.
Noté en él honda tristeza;
quise su pena inquirir...
encarecióme su pena!
«¿Me quieres?» dijo. «Te quiero.»
¿No sabes quién soy?—No; cuenta.
«Yo soy, añadió, ¡soy hijo
del valiente Aben-Humeya!
¡Jesucristo! exclamé yo,
y él—¡me quedo en estas sierras!»
¿Para qué?—¡Para matar
cristianos!—¡En paz te queda!
Y en tal punto le dejé,
sin despedirme siquiera;
y hace media hora que voy
por el meson dando vueltas,
indignado... y confundido...
y... ya sabe vuecelencia
lo demas. ¡Uff! Ya acabé;
¡respiro! ¡Salvé mi lengua!

CONDE. Pues oid, ¡y tened presente
que en ello os vá la cabeza!
Con él os dejo... ¿entendeis?
¡que nadie en el meson sepa
quién es él, y adónde vá!
Guardadle aqui hasta mi vuelta.
Si le descubris... ¡temblad!
Si huye... ¡temblad!

JACOB. Que le prendan.

CONDE. (Ordene el príncipe.)

JACOB. Pero...

CONDE. ¡Responde vuestra cabeza!

ESCENA X.

JACOBILLO.

¡De periculis eruamur!
¡tristis est anima mea!
¡Qué barbaridad! ¡No doy (Moviendo la cabeza.)
un maravedí por ella!
Es claro; él será el verdugo...
y yo seré... ¡soy un bestia!
Y ahora... ¿qué hacer? Lo primero
será salvar la pelleja.
Buscaré á mis compañeros.
Pero ¡ay, Dios mio!... ¿Y la cena?

ESCENA XI.

JACOBILLO, LINDO, DANIEL.

LINDO. ¿Qué es esto?
JACOB. Nada.
LINDO. Ya es tarde.
¿No duermes?
JACOB. Como tú quieras.
DANIEL. Salid de aqui.
JACOB. Está muy bien.
(Me pondré de centinela.)

ESCENA XII.

LINDO, DANIEL.

DANIEL. Esta es la hora.
(Dan las nueve en un reloj lejano.)
LINDO. ¡Oh, placer!
Voy á verle.
DANIEL. Pero...
LINDO. Es fuerza.
Quiero verle.
DANIEL. Ten presente
que es poderoso.

LINDO. Que sea.
DANIEL. Vá á vendernos tu altivez.
Calma, hijo mio, prudencia,
que asi los de nuestra raza
saben vengar sus ofensas.
¿Piensas tú que yo no ansío
hallar venganza completa?
¡Oh! sí; que mas la asegura
quien mas medita y espera.
Es aqui imposible. Aqui
sabe don Juan que le acechan
cien enemigos, y acaso
viste mallas, y está alerta.
No aqui; en su casa... ¿mas quién
dentro su casa penetra?
Busca tú algun medio... espíale:
de tí ninguno sospecha.
Breve rato estará aqui.
Cuando salga... con cautela
le sigues...
LINDO. Le seguiré.
DANIEL. Las calles estan desiertas...
¿Tienes armas?
LINDO. No.
DANIEL. Yo si. (Le dá un puñal.)
Toma. Calla... alguien se acerca.
Él es.
LINDO. Dios le valga.
JUAN. ¡Hola!
(Apareciendo en el foro.)
DANIEL. ¿Quién vá allá?

ESCENA XIII.

D. JUAN, el CONDE, LINDO, DANIEL.

JUAN. Guardad la puerta.
CONDE. Él es. (Á D. Juan por Lindo.)
JUAN. Salid. Dios os guarde.
¿No habeis oido? (Dirigiéndose á Lindo.)
LINDO. No hay priesa.
JUAN. Salid.

LINDO. Agrádame el patio,
que la noche está serena;
y en meson, el mejor sitio
es del primero que llega.

JUAN. ¡Hola! parece que el mozo
es ligerillo de lengua.

LINDO. Gústame serlo... porque
es mi mano mas ligera.

JUAN. Llevaos de aqui á ese loco.
(Á Daniel con acento breve.)

DANIEL. Ni una palabra. (¡Prudencia!)
(Conteniendo á Lindo y llevándoselo.)

ESCENA XIV.

D. JUAN.

¡Su hijo aqui... y ella lo ignora!
¿Es esto posible?... ¡oh!
¿Á qué sospecha se atreve
mi inquieta imaginacion?
¿Ella ocultarme esta nueva?
¿Nativa engañarme?... ¡No!
Sola en el mundo vivia
sin mas amparo que Dios,
y á mí llegóse, invocando
la cristiana religion.
Yo fuí en su amparo..: y no puede
ser ingrata á mi favor.
Y si lo fuera... ¡ay de mí!
¡qué ciego amándola estoy!
¡Yo amo á esta mujer... pero amo
sintiendo en el corazon
inquietudes... celos... si ella
en su edad primera amó!...
¡Siempre esta idea!... ¡Nativa!
debiera huir de ella en razon;
al cabo fué esposa de un
enemigo de mi Dios.
¿Mas no es ampararla ley?
¡qué ciego me hace el amor!
Bien hago... y cumplo cual noble

si hago bien.—¡Conde!

CONDE. ¡Señor! (Llegando.)

ESCENA XV.

D. JUAN, el CONDE.

JUAN. Bien me dijiste; el rapaz
es de altiva condicion.

CONDE. ¿Y el hombre que le acompaña?
¡Traidores son ambos!

JUAN. ¡Oh!
¿Quién es ese hombre?

CONDE. El mismo
que me ordenais celar vos.

JUAN. Mas supiste...

CONDE. Un mes hará
que esta posada arrendó,
y supe su procedencia,
su nombre y su condicion,
por los papeles é informes
que al antiguo dueño dió.
Mas siempre de él sospeché,
y siempre en su acecho estoy.
Tras él vine hace un momento,
y ocultóse al llegar yo.
Con él se hallaba Nativa,
y su extraña turbacion,
y el negarse hoy á partir,
confieso que me alarmó.

JUAN. ¿Es posible?

CONDE. Si; en mis gentes
corre ya de voz en voz,
que este es Daniel el Zamar,
el jefe de la faccion
morisca.

JUAN. ¿Cómo? ¿Y Nativa
habla con ese traidor?

CONDE. Yo en fin...

JUAN. Ir al fin derecho
es lo mas prudente.

CONDE. Yo...

JUAN. ¿Nativa conoce á ese hombre?
CONDE. Lo ignoro...
JUAN. ¿Hay tal confusion?...
Mas basta ya. Pues que ella
desdeña nuestro favor,
prende á ese hombre, y de este asunto
olvidémonos desde hoy.
CONDE. ¿Eso pensais?
JUAN. Pienso, Conde,
salir ya de esta ocasion.
¿Qué dirá el mundo, si sabe
que loco siguiendo voy
desdichas de una mujer
con tal empeño?
CONDE. ¡Señor!
El mundo os conoce bien,
y esto pensará de vos:
que acabasteis esta guerra
cumpliendo como quien sois;
que sois de nobleza rico,
y rico de corazon;
y un corazon con nobleza
es pródigo en dar favor.
JUAN. ¡Qué bien me conoces, Conde!
¡Qué dignas tus frases son!
Cuidemos pues de Nativa.
Su ventura anhelo yo,
y nada mas. Su hijo viene
á asegurársela hoy.
CONDE. ¿Cómo pues?
JUAN. Siento deseos
de alcanzar su salvacion.
CONDE. ¿Qué decis?
JUAN. Salvarle quiero.
CONDE. Difícil empresa.
JUAN. ¡Oh! (Con alegre expresion.)
CONDE. Sé que á estas sierras le trae
su perversa inclinacion.
JUAN. Tengo fé... y he de salvarle,
que en tal compromiso estoy.
Conmigo saldrá de aqui.
¿Viene solo?

CONDE. No, señor.
JUAN. ¿Quién le acompaña?
CONDE. Estudiantes.
JUAN. Gente alegre: llámalos.
Lleva á ese hombre á mi morada.
CONDE. Bien está. (Se vá.)
NATIVA. Él es.
(Asomándose á la puerta de su habitacion.)
¡Señor!
(Desciende y examina la escena detenidamente.)

ESCENA XVI.

NATIVA, D. JUAN.

JUAN. ¿Qué haceis?... Recelo vano.
NATIVA. Aunque él te cause enojos,
ni llego á tí de hinojos,
ni he de besar tu mano.
No mi desden condenes;
mas vienes mal, don Juan, si por mí vienes.
JUAN. (¿Qué es esto?) Adios, señora.
Por siempre, si hoy os deja,
de vos don Juan se aleja.
NATIVA. Aléjate en buen hora.
JUAN. ¿Y vos?
NATIVA. Sin calma quedo.
JUAN. ¿Á Granada no vais?
NATIVA. ¡Don Juan... no puedo!
¡Mi estrella aqui me ata!
¡Nunca vencerla esperes!
JUAN. ¡Ingrata!
NATIVA. ¿Qué profieres?
¡No me juzgues ingrata,
que lloro tu partida,
y al perder tu favor, pierdo la vida!
JUAN. ¿De qué estorbarlo pende?
¿Qué extraño sentimiento
embarga vuestro acento
y vuestra accion suspende?
¿Quién os habló que tenga
tan inmenso poder que asi os detenga?

¿Quién fué?

NATIVA. (¡Pregunta extraña!)

JUAN. Hablad.

NATIVA. (¡Oh! ¡tengo miedo!
No debo hablar... ¡no puedo!)
Con nadie hablé.

JUAN. (¡Me engaña!)

NATIVA. (¡Cruel zozobra siento!)

JUAN. (Turbada está: ¡con inquietud me ausento!)
¿Callais?... (¡Mi asombro crece!)
¿Jamás gozó vuestra alma
la bienhechora calma
que tanto afan merece?
¿Nada hay que dé en el suelo
á tal penar benéfico consuelo?

NATIVA. Nada mi afan espera.

JUAN. ¿Tal vez llorais perdida
una ilusion querida
de vuestra edad primera?

NATIVA. ¿Mis penas saber quieres?

JUAN. Si esto os contenta, hablad.

NATIVA ¡Qué bueno eres!—
En sueños infantiles
pasé mi edad de niña,
hurtando á la campiña
sus flores mas gentiles,
triscando enajenada
por el bello pensil de mi Granada.
Y allí entre flores y aves
nació la ilusion mia;
que allí en grata armonia,
y allí en trinos suaves,
soñé entre aves y flores,
ricos sueños de cándidos amores.
¡Mas ay! ¡que fuí nacida
en hora desdichada;
y apenas terminada
la aurora de mi vida,
con bárbara inclemencia
ultrajaron mi cándida inocencia!
La enseña del cristiano
los mios siempre huyeron,

y á un hombre, en fin, me unieron
de orígen africano,
hollando á su fé impía
la fé cristiana que en mi pecho ardía.
Triste viví y llorosa
sumida en lazo impio;
fuí madre... en torno mio
ví una esperanza hermosa!
Y mi hijo... ¡pobre madre!
¡nació con las creencias de su padre!
¡En lecho de agonia
ví muerta mi esperanza!
Y al ver que en lontananza
mi sueño se perdia,
sentí dentro del pecho
latir mi corazon pedazos hecho.
Mi tálamo de flores
fué túmulo de abrojos;
y el llanto de mis ojos
no vieron mis mayores,
que para mas quebranto
murieron en su error sin ver mi llanto.
Tratóme, en fin, mi esposo
con bárbaro desvio.
Huia el hijo mio
mi beso cariñoso!
¡Lleva en tu despedida
la triste historia de mi pobre vida!
¡Fuí niña... fuí burlada!
Mujer... y fuí vendida,
esposa escarnecida,
y madre abandonada!
Mira si fuí dichosa,
bien niña, ó bien mujer, madre ó esposa!

JUAN. (En tan sentido acento
no cabe la mentira.)
¡Vuestro dolor me inspira
profundo sentimiento!

NATIVA. ¡Adios!

JUAN. Dad tregua al llanto.
Don Juan disipará vuestro quebranto.

NATIVA. ¡Es mucho!

JUAN. Mucho puedo.
NATIVA. Deja que bese ahora
tu mano bienhechora.
Adios, si han acechado...
vete, don Juan.
JUAN. ¡Adios! (Acompañándola.)
NATIVA. Sal recatado. (Váse.)

ESCENA XVII.

D. JUAN, CONDE, LINDO, JACOBILLO, DANIEL, ESTUDIANTES.

CONDE. (Á los Estudiantes.)
Adelante.
JACOB. (Viendo á D. Juan.) (¿Otro soldado?
¡Dios nos asista!)
JUAN. (Á Jacobillo.) ¿Quién sois?
JACOB. Un estudiante.
JUAN. (¡Buen porte!)
(Fijándose en Lindo, que viene á colocarse á la derecha del proscenio, separado de todos.)
JACOB. (¡Dios mio! ¡Siento un temblor
en las piernas!)
JUAN. (Mirando detenidamente á Lindo que le observa á su vez.)
Sereis todos
camaradas.
JACOB. Si, señor;
todos somos estudiantes.
JUAN. ¿Y aquel? (Por Lindo.)
JACOB. ¡Aquel?... ¿Qué sé yo?
Es decir... no le conozco.
LINDO. Miente.
JACOB. Es decir... ¡voto á brios!
Que digan mis camaradas
si le conocemos.
ESTUDS. ¡No!
LINDO. ¡Mentis! ¡Voto á tal! ¡Mentis!
JUAN. (Interrumpiendo á Jacobillo.)
¡Silencio! Él tiene razon.
Yo sé que le conociais.

¿Por qué negarlo?

JACOB. Á eso voy.—
Ante todo hais de saber
que soy buen cristiano.

LINDO. (¡Oh!)

(Lindo clava una mirada en Jacobillo, con insistencia como lo marca el diálogo.)

JUAN. (Mirando de igual modo á Lindo.)
(¡Niño infeliz!)

JACOB. Por lo tanto,
tengo profunda aversion
(Observando de reojo á Lindo, atemorizado.)
á los moros... (¡Qué semblante!)
Y esto no es decir que yo...
porque al cabo... (¡qué mirada!)
todos somos... ellos son...
Es decir... todos venimos
de un padre... y es cosa atroz...
que ellos... y nosotros... ¿eh?
¿no es cierto? (¡Válgame Dios!
¡Qué ojos! ¡Anda! ¡Y el soldado
(Por D. Juan.)
cómo le mira! ¡Qué horror!
Van á matarse... de fijo.)

JUAN. ¿Sois buen cristiano?

JACOB. Si soy.
Oigo misa... y me confieso...
y ayuno... eso es de rigor.
¡Hoy aun no probé bocado,
y tengo un hambre feroz!
Y en suma, adoro en la cruz,
venero al rey, mi señor,
y amo al príncipe don Juan
con todo mi corazon.
Ansiando estoy conocerle.

JUAN. ¡Vedle! El príncipe soy yo.

JACOB. ¡Ánimas benditas!

JUAN. (¡Brilla
(D. Juan y Lindo cambian dos penetrantes miradas.)
en sus ojos el rencor!)
Ahora, pues que amais al príncipe,
que él corresponda es razon,

dándoos en su propia casa
lecho y cena.

JACOB. ¡Gran señor!
(Haciendo profundas reverencias.)

JUAN. Basta. Seguidme.
(Al salir D. Juan, el Conde se deja ver en el fondo, y mientras Lindo y Daniel cambian las frases que siguen, él atraviesa furtivamente la escena, ocultándose en la puerta de la derecha.)

LINDO. ¡Oh ventura!
(Acercándose gozoso á Daniel.)
Él mismo dá la ocasion.

DANIEL. ¡Golpe seguro!

LINDO. ¡Os lo fio! (Mostrando el puñal.)

DANIEL. Id.

LINDO. Encomendadle á Dios.
(Sale rápidamente tras de D. Juan. Daniel, despues de asegurarse que está solo, exclama con gozo dirigiéndose á la habitacion de Nativa.)
¡Ah! ¡Nativa, ya eres mia!

CONDE. Daos preso.
(Que ha seguido sus movimientos, interponiéndose presentándole el pecho la punta de la espada.)

DANIEL. ¡Perdido soy!
(Huyendo á la puerta del fondo, en la que aparecen dos soldados. El Conde hace una seña á los soldados, que se apoderan de maese Daniel. Cae rápidamente el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Morada de D. Juan de Austria en Guadix. El primer término de la escena figura ser un terrado ó plazoleta del vasto y frondoso jardin que se descubre en el fondo. Un banco de césped á la derecha del actor, en primer término.

ESCENA PRIMERA.

CONDE, JACOBILLO.

JACOB. Lo repito, señor Conde;
Lindo huye de mí. No hay forma
de vencer su antipatia;
mi compañia le enoja.
CONDE. ¿Cómo le dejais?
JACOB. Le dejo...
Eso si que me incomoda.
¿Á quién pensais que prefiere?
¿Quién presumís que me roba
su atencion? El posadero;
ese hombre de faz torva.
Juntos quedan: platicando
van ocultos en la sombra,
y ambos de mí se recatan;
mi presencia les estorba.
CONDE. Pues no los perdais de vista.
JACOB. Es que temo...
CONDE. Desde ahora

habeis de seguir sus pasos,
y oir sus pláticas todas.

JACOB. ¿Es fuerza?

CONDE. Fuerza es que de ambos
vuestra cabeza responda.

JACOB. ¿Conque por fuerza ha de ser?
pues la obediencia es forzosa,
obedeceré. (Á este conde
(Mientras el Conde examina la escena.)
segun el dicho lo abona,
le ha gustado mi cabeza,
y desea á toda costa
llevarla consigo, y ya
doy en temer que lo logra.)
¿No teneis mas que mandar?

CONDE. Si, vais á encargaros de otra
comision; en la posada
quedó anoche una señora,
y vais en nombre del príncipe
á verla.

JACOB. Eso es otra cosa.
Al punto sereis servido:
esta comision me honra.
Saldré de esta casa... ¡Oh!
con pesar, aqui se goza
de una quietud... de un ambiente
tan puro... y tan... me enamora
este frondoso jardin,
por mas que su fresca sombra
oculte á esos dos impios
que mi indignacion provocan.
Enamórame á la par
la casita misteriosa
en que la noche pasé...
aunque Lindo allí se aloja
con ese hombre, y no está allí
bien hallada mi persona.
Mas decid: ¿por qué razon
dejais en prision tan cómoda
á ese hombre? ¿No estaria
mejor en una mazmorra?

CONDE. Cuando el príncipe lo ordena

razon hay.

JACOB. ¿Cuál?

CONDE. No os importa.

JACOB. Bien; yo estoy aqui mejor:
este sitio me acomoda.
¡Qué hermosas vistas! Allí
el palacio donde mora
el príncipe, mi señor...
Él viene.

(D. Juan aparece por el primer término de la izquierda.)

CONDE. Salid ahora.

JACOB. En todo sereis servido.
Si vuestra alteza me otorga
permiso. . (Pálido está;
(Saliendo á una seña de D. Juan.)
algun pesar le acongoja.)

ESCENA II.

D. JUAN, el CONDE.

JUAN. ¿Y bien, Conde?

CONDE. ¿Y bien, señor?
vuestros deseos se logran.
Ese endiablado rapaz,
juzgando que aqui se ignora
su orígen, identifica
claramente la persona
de ese Daniel: juntos quedan
allí platicando á solas.

JUAN. Y ese hombre...

CONDE. Como ordenasteis,
completa libertad goza.

JUAN. Seguro está: gruesos muros
tiene el jardin, y está en forma
la consigna de mis guardias.

CONDE. Segura está su persona;
pero ¿y la vuestra, señor?
Si ese hombre por todo arrostra,
y aqui una vez... el azar
arma su mano traidora...

JUAN. ¿En tí estás?
CONDE. ¡Qué! ¿No temeis?...
JUAN. Yo nunca temo.—Es juiciosa
tu observacion, y á su tiempo
haré que en sitio le pongas
seguro y lejos de mí;
pero como antes me toca
interrogarle, ordené
que le conduzcan ahora
á mi presencia.
CONDE. Señor...
ved...
JUAN. ¿Tambien esto te enoja?
Quiero aclarar este enigma.
¿Qué oculto interés coloca
á ese hombre junto á Nativa?
¿Por qué á su gente abandona?
¿Por qué arriesgando la vida
vino á Guadix? ¿Qué le arroja
en tal empeño? La causa
debe ser muy poderosa.
Nativa fué.
CONDE. ¿Con qué fin?
JUAN. Tal vez los dos se conozcan.
Misterio hay que yo no alcanzo,
y que examino con honda
atencion; en él pensando
estuve la noche toda,
y tuve ensueños horribles,
inquietudes... de mí impropias!
CONDE. Vuestro aliento soberano,
que altos peligros arrostra,
tan pueriles inquietudes
sabrá vencer.
JUAN. ¡Oh! no todas.
¿Por qué fingir? Tuve un sueño
cuyo recuerdo me postra.
Oye, y para siempre olvida
lo que vas á oir de mi boca.—
Abandonar este empeño
pensé anoche, y mal pensé;
que en él la noche pasé

rindiéndome al fin el sueño.
Soñé sentir...—¡Sueño fué!—
de amor el fiero rigor,
y el objeto de mi amor
que era Nativa soñé.
Pintóme ella el suyo, y dí
crédito á su dulce acento:
mas su amante sentimiento
no era inspirado por mí.
La ofrecí amparo... ¡y cruel
me rechazó! .. ¡Tenaz sueño!
Un hombre de torvo ceño
ví á su lado... ¡era Daniel!
Quise en mi amante despecho
castigar tan vil traicion...
pero ella atajó mi accion
dando á mi acero su pecho.
De mí á Daniel defendia
ocultándole á mis ojos,
y puesta ante mí de hinojos
por Daniel intercedia!
Y yo á su ruego cedí...
y ellos que mi fé ultrajaban,
libres de mí se alejaban
haciendo mofa de mí!
Y al intentar otra vez
vengar mi ultrajado amor...
tintes de altivo rubor
enrojecieron mi tez!—
Este fué mi sueño, Conde;
de mi ardiente fantasia
no pasó... que el alma mia
tales quimeras no esconde.
¡No han de atormentarme mas
cuitas... ajenas de mí!
(Trayéndole á sí y llevando la mano á la mejilla.)
¡Contempla el rubor aqui!
¡No has de ver otro... jamás!

CONDE. Sombras son que en tal empeño
la imaginacion fabrica;
que, en fin, nada justifica
tan inexplicable sueño.

JUAN. Nada. Solo alcanzo á ver
que Nativa... en realidad
hay misterio, y en verdad
aclararle es menester.
Conduce á ese hombre.

CONDE. Voy.

(Aparece Daniel en el fondo escoltado por dos soldados.)

Aqui le traen.

JUAN. Sal de aqui.

CONDE. ¿Vais á quedar solo?

JUAN. Si.

CONDE. Advertid...

JUAN. Conmigo estoy.

(Los soldados se van con el Conde.)

ESCENA III.

D. JUAN, DANIEL.

JUAN. Llegad.

(Daniel viene á colocarse delante de D. Juan con ademan resuelto.)

No hay por qué negar
lo que el azar descubrió.
¿Fingireis conmigo?

DANIEL. No:
yo soy Daniel el Zamar.

JUAN. Pláceme que sin mentira
vengais.

DANIEL. Asi debe ser,
ya que esa infeliz mujer
me ha perdido.

JUAN. ¡Ella!

DANIEL. ¿Os admira?

JUAN. ¿Cómo y cuándo ella os perdió?

DANIEL. ¿Que eso preguntais?

JUAN. Hablad.

DANIEL. No fué ella...

JUAN. ¡Decid verdad!
¿Ella os conocia?

DANIEL. (¡Oh!)

(Adivinando el pensamiento de D. Juan)

JUAN. Decid.

(¡Me he vendido! Ella
no ha descubierto mi nombre!)

JUAN. ¿Por qué callais?

DANIEL. No os asombre...
el pesar mi labio sella.

JUAN. Hablad. (Con afan.)

DANIEL. (¡Qué extraña mudanza!)
(Notando la emocion de D. Juan.)

JUAN. ¿Ella os ocultaba?

DANIEL. (¡Ah! ..
(¡Se aman! Su inquietud dá
ocasion á mi venganza!)—
Disculpe mi suspension
lo franco que voy á ser;
descubierto ya, he de hacer
yo propio mi acusacion.
De mis gentes el valor
invoqué, oculto en la sierra,
lanzando un grito de guerra
contra el cristiano invasor.
Pero al ver que su ardimiento
cedia, no osé insistir,
y al Africa pensé huir
como ellos, falto de aliento.
Mas honda cuita de amor
atormentaba mi pecho,
y en fiero dolor deshecho,
detúvome aqui el dolor.
Amante á Guadix llegué,
y... ¡ruin flaqueza del hombre!
oculto orígen y nombre,
un mes en Guadix pasé.
¡Ceder al amor constante
de esa mujer fué mi estrella!

JUAN. ¿Hablais de Nativa?

DANIEL. De ella.

JUAN. ¿Quién sois vos en fin?

DANIEL. Su amante.

JUAN. ¡Mentis!

DANIEL. Yo debo, por Dios,

dar á su falta disculpa.
Me ama: su única culpa
fué el ocultarme de vos.

JUAN. (¿Qué es esto?)

DANIEL. ¡Haced que ella ignore
mi desventurada suerte!
¡No me espanta á mí la muerte;
si que ella mas penas llore!
¡Ella os imploró favor...
y fué por mi amor falaz!
¿Pero de qué no es capaz
una mujer con amor?
¡Harto el mio la predijo
lo mal que hacia en no huir!

JUAN. (¡Oh!) ¿Pues quién pudo impedir
que ella os siguiera?

DANIEL. Su hijo.
Mas ya está en Guadix.

JUAN. (¡Por Dios,
que esto es verdad! ¡Duda cruel!)

DANIEL. La ofrecí velar por él...

JUAN. ¿Sabe ella que está con vos?

DANIEL. Posible es que lo ignorara.
Mas callar debió; el rapaz
os profesa odio tenaz.
¿Qué mucho que le ocultara?

JUAN. Franca es la declaracion.

DANIEL. Ya estoy en vuestro poder,
y os dije que voy á hacer
yo propio mi acusacion.
Oidme: sin esperanza
de salvacion vine aqui;
pero apenas llegué, vi
realizada mi venganza.
Vencido por vos quedé
en las sierras: pero luego,
acudísteis de amor ciego
al lazo que os preparé.
Por eso triunfo de vos.
Que ese orgullo que en vos brilla,
vuestro necio amor humilla.

JUAN. ¡Miserable!

ANIEL. ¡Bien, por Dios!
¡Vos, el príncipe cristiano,
el invicto campeon,
víctima de una pasion
que os avergüenza!
JUAN. ¡Villano!
DANIEL. Mas tan bien sentido afan
abandonareis sin duda!
Ved que os lo inspira la viuda
de Aben-Humeya, don Juan!
¿Odiais á los africanos,
y á sus viudas quereis bien?...
¡Rasgos notables se ven
en los príncipes cristianos!
¡Ved los mios, vive Dios!
¡Ellos aman ó aborrecen,
y nunca su fé escarnecen!
¡Ellos valen mas que vos!
JUAN. ¡Salid!
(Con desdeñoso acento y extendiendo el brazo con imperativo ademan.)
DANIEL. ¿Me ois de ese modo?...
JUAN. ¡Os desprecio!
DANIEL. ¡Tal desden!...
(Alejándose dominado por la expresion de D. Juan.)
JUAN. ¡Salid! (Como antes.)
DANIEL. (¡Cuál queda! ¡Oh, qué bien
jugué el todo por el todo!)

ESCENA V.

D. JUAN.

Pretendió su torpe labio
agraviarme... ¡vano intento!
No infiere tan vil acento...
ni aun la sombra de un agravio.
Mas, ¿qué hallé en su acusacion
que me suspende?... ¡ay de mí!
¿Qué es esto que siento aqui,
que me prensa el corazon?
¡Celos son, por vida mia!

¡Nativa!... ¡No puede ser!...
¡Si yo no puedo creer
en ella tal villania!

ESCENA IV.

D. JUAN, JACOBILLO.

JACOB. (Llegando apresuradamente por el fondo.)
Señor Conde... ¡Perdonad!
¿no está el Conde? ¡Ay, gran señor!
que esteis vos es lo mejor
en caso de esta entidad.
JUAN. ¿Cuál es?
JACOB. Que fuí á la posada
como el Conde me ordenó,
y ví á esa señora... y no
fué para bien mi llegada.
Preguntaba allí, corria
de una en otra habitacion,
porque el dueño del meson
á su voz no respondia.
Yo... apenas fuí preguntado,
—calmaos,—la respondí:
—cuando el dueño no está aqui...
es señal que se ha marchado.—
Y cuando á ninguno halló
que le diera razon de él:—
¡Daniel!—exclamó,—¡Daniel!
¡Daniel se ha escapado!—No.
Que se halla en sitio seguro.—
Dije: ¿cómo sabeis eso?
¿En dónde se halla?—Preso.—
Entonces... ¡ay Dios! ¡qué apuro!
Á vos dijo que vendria.
Quise detenerla... ¡qué!
en vano; cuando aqui entré
ví que tambien me seguia.
JUAN. ¿Conque es cierto?... ¡cierto, si!
¿Conque ella mi fé ultrajó?
¿Conque ambos se amaban?... ¡oh!
¡Pobre insensato de mí!

JACOB. ¡Ved! Con suplicante gesto
(Señalando la derecha del foro.)
á vuestros guardias rechaza!
JUAN. Que entre.
JACOB. Bien. ¡Hacedla plaza!
Dejadla. (Desapareciendo.)

ESCENA VI.

NATIVA, D. JUAN.

NATILA. ¡Señor!
(Llegando á D. Juan sumamente agitada.)
JUAN. ¿Qué es esto?
NATIVA. ¡Es mi desdicha, don Juan!
¡En busca de un hombre vengo,
y hasta hablarle te prevengo
que no calmaré mi afan!
¿Quién le ha arrestado?
JUAN. ¡Señora!
NATIVA. ¡Preso está! ¿Dónde se halla?
Haz que yo le vea...—¡Calla,
no me interrumpas ahora!—
¿Se halla en tu poder?... ¡Ven, guia!
quiero hablarle. (Obligándole á seguirla.)
JUAN. ¡Es imposible!
NATIVA. ¿Ha muerto?... ¡Eso fuera horrible!
JUAN. No ha muerto.
MATIVA. ¡Ah! (Con expansivo acento.)
JUAN. (¡Esa alegria!...)
NATIVA. ¡Vive!...
JUAN. (¡Se amaban los dos!)
¡Vá á morir!
NATIVA. ¡Él!
JUAN. ¡Si, en verdad!
NATIVA. ¡No; yo invoco tu piedad!
¡Yo exijo que viva!
JUAN. ¿Vos?
¿Que vos lo exigis?
NATIVA. ¡Si á fé!
Porque ese hombre... en conclusion,
oye en fin por qué razon

le oculté de tí.

JUAN. Lo sé.

NATIVA. ¿Sabes que mi hijo?...

JUAN. (Interrumpiéndola.) ¡Sí!

NATIVA. ¿Sabes cuál rendí á Daniel
mi voluntad?

JUAN. (Lo mismo.) Todo él
me lo ha declarado aqui.

NATIVA. ¡Es posible!

JUAN. ¡Si á fé mia!

NATIVA. ¡Pues si ya lo cierto sabes,
don Juan, mira si eran graves
las razones que tenia!

JUAN. ¡Quién á negarlo se atreve!...

NATIVA. ¿Se halla aqui mi hijo?

JUAN. ¡Si!
Ambos se encuentran aqui...
y van á morir en breve.

NATIVA. ¿Qué dices?... ¿Mi hijo morir?...
(Sobrecogida y despues de un instante de suspension.)

JUAN. ¿Pues qué otra cosa esperais?
¿Su condicion ignorais?
¡Morirá!

NATIVA. ¿Qué osas decir?
(Mirándole atónita y con repulsivo acento.)
¡Tú!... ¿al hijo mio?... ¿Tú?

JUAN. ¡Si!

NATIVA. ¡Imposible! ¡No te creo!
(Como poseida de una idea que fija en ella las palabras de D. Juan, y tomando una actitud amenazadora.)
¡Ah!... ¡Si! ¡En tus ojos lo leo!
Le aborreces... ¡ay de tí!
¡Ay de mí, si mi hijo muere
por odiar á los cristianos, (Fuera de sí.)
que he de arrancar con mis manos
la lengua que tal profiere!

JUAN. ¿Adónde os arrastra insano,
señora, vuestro furor?

NATIVA. ¿Y adónde vá tu rencor,
don Juan, al nombre africano?

Olvida el ciego extravio
de esta madre sin ventura,
ó... máteme mi locura
si no salvo al hijo mio!
¿Por qué en un niño cuitado
tanto rigor ejercer?
¿Qué daño te pudo hacer
ese niño desdichado?
¿Piensas tú que con fé ciega
la ley cristiana desmiente?
¡Qué sabe él la fé que siente,
ni qué ley es la que niega?
¿Piensas que en su alma temprana
ya echó la maldad semilla?
¡No; su fé es la fé sencilla
que á los ángeles hermana!
Y si al fin debe á tu anhelo
el ángel mio morir,
morirá... para vivir
con los ángeles del cielo!
Mas ¿qué digo? ¡Loca estoy!
Vivirá. Ya el por qué ignoro
del nombre cristiano y moro;
¡solo sé que madre soy!
Sé que con opuestos nombres,
los hombres mueren aquí!...
Sea, ¿qué me importa á mí
la insensatez de los hombres?
Dios grabó en las almas dos
preceptos... »Creer y amar!»
¡y todas han de acatar
los mandamientos de Dios!

JUAN. Tiene, señora, en verdad,
tal encanto vuestro acento,
que fija mi pensamiento
y ataja mi voluntad.
Dais tan sentida expresion
á vuestras frases... mas ved
que es inútil...—deponed
la amenazadora accion.
Dios no escucha en esta guerra
á los que á mi rey ultrajen,

y ved que mi rey, imágen
es de Dios sobre la tierra.
Por ello nuestro rigor
que alcance á vos misma es ley,
que ultrajasteis á mi rey
ocultando á ese traidor!

NATIVA. Yo...

JUAN. Mas en mí no hay encono:
sois libre... salid.

NATIVA. ¿Qué he oido?
(El Conde aparece en el foro.)

JUAN. Culpable fuisteis... ¡lo olvido!
Me engañasteis, yo os perdono!

NATIVA. ¡Don Juan! (Corriendo á D. Juan que le rechaza.)

JUAN. ¡Salid de esta casa!
¡que yo no os vea!

NATIVA. ¡Señor!
(Procurando detenerle.)

JUAN. ¡Dejadme! ¡Me dais horror!
(Arrojándola de sí y desapareciendo precipitadamente.)

NATIVA. ¡Jesus!
(Cubriéndose el rostro con las manos y cayendo desfallecida en brazos del Conde, que ha llegado solícito hasta ella.)

CONDE. ¿Qué es esto? ¿Qué pasa?

ESCENA VII.

NATIVA, CONDE.

CONDE. Hablad.

NATIVA. ¡Me ahogo... no puedo!
(Con profundo abatimiento sin apercibirse del Conde.)
¡Me echa de aqui... horror le inspiro!

CONDE. ¡Señora!

NATIVA. ¡Ay de mí!

CONDE. ¡Qué miro!
Esa palidez...

NATIVA. ¡Me quedo!
(Haciendo un esfuerzo de energia.)

CONDE. ¿Qué es esto?

NATIVA. ¡Es, Conde, que nada
me queda que esperar ya!
Es que terminando está
mi vida desventurada!

CONDE. ¡Nativa... qué osais decir!
¡vos vivireis!

NATIVA. ¡Conde... no!
si no puede ser... si yo...
si yo no quiero vivir! (Con fuerza.)
Si mi hijo... don Juan lo dijo,
vá á morir!

CONDE. Y don Juan...

NATIVA. Él...
que me rechazó cruel;
él, vá á matar á mi hijo!

CONDE. ¡Imposible!

NATIVA. ¡Oh, Dios ¡qué escucho!
(Mirándole fijamente.)
¿No ha de morir?

CONDE. ¡Imposible!

NATIVA. Seria un crímen...

CONDE. ¡Horrible!

NATIVA. (Trayéndole á sí.)
¡Oh! ¡Hablad de eso mucho! ¡mucho!
guiad vos... ¿Dónde le esconde?
Decídmelo á mí... yo iré...

CONDE. ¡Esperad!

NATIVA. Esperaré,
eso si.—¿Dónde está... dónde?

CONDE. Ese misterio que os guia,
os malquistó con don Juan.
Ya él me ha hablado del afan
con que descifrarle ansia.
Despues vió á Daniel... si... si...
él le arrojó á tal extremo.
Todo de ese hombre lo temo.

NATIVA. Yo en su busca vine aqui.

CONDE. ¿Vos le conociais?

NATIVA. Yo...
sí.

CONDE. Y ocultasteis...

NATIVA. ¿Qué hacer?

Mi hijo estaba en su poder;
callar debí.

CONDE. ¿Por qué?

NATIVA. ¡Oh!
porque á su vida atentaba
ese miserable

CONDE. (¡Oh, Dios!
don Juan lo ignoraba.) Y vos...
ya eso el príncipe pensaba;
mas le explicasteis...

NATIVA. No tal;
si obligado lo explicó
Daniel.

CONDE. ¿Qué decis?...¡Oh, no!
aquí hay un error fatal!...
Seguidme; tengo recelos
que á don Juan aclarar toca.
(¡Oh! ¡siempre fué ciega y loca
la condicion de los celos!)

NATIVA. Vais á hablarle...

CONDE. Si, en verdad;
esperad en mí.

NATIVA. Si espero.

CONDE. Venid, que alojaros quiero,
y un instante reposad.

NATIVA. Vamos.

JACOB. Señor Conde, oid.
(Llegando apresurado por el foro.)
Sumiso á cuanto ordenais
llego...

CONDE. En mala hora llegais.
¡Venid, señora, venid!

ESCENA VIII.

JACOBILLO.

Gracias á Dios que me deja.
No quiere oirme... mejor.
Asi olvidaré un instante
el compromiso en que estoy.
Grave riesgo corro aqui...

porque ellos... ¡no hay duda, no!...
hácia aqui se dirigian
enemistados los dos.
Qué tratarán, que andan ambos
tan mal avenidos... ¡oh!
Y yo no pude escucharlos...
nada oí... ¡válgame Dios!
y cuanto ellos hagan ó hablen
quiere el Conde oir de mi voz.
¡Yo convertido en espia!
¡Angustiosa situacion!
¿No lo dije?... Aqui está Lindo,
y el otro le sigue en pos...
¿Cómo evitar este encuentro?

ESCENA IX.

LINDO, DANIEL, JACOBILLO.

LINDO. ¡Dejadme!
DANIEL. ¡Teneos!
LINDO. No.
JACOB. ¿Adónde vas de esa suerte?
LINDO. Vete de aqui.
DANIEL. ¿Quién sois vos?
JACOB. ¡Vaya! Si soy vuestro huesped...
¿no me conoceis?... Si soy
Jacobillo.
DANIEL. ¡No os conozco!
JACOB. ¡Si tal!
DANIEL. ¡Mentis!
JACOB. ¿Miento yo?
DANIEL. Si.
JACOB. Bien está.
DANIEL. ¡Salid!
JACOB. Bueno.
DANIEL. ¡Si hablas de mí, tiembla!
JACOB. ¡Oh! (Inclinándose)
DANIEL. Si otra vez te hallo ante mí...
JACOB. Bueno.
DANIEL. ¡Encomiéndate á Dios!...
JACOB. Si de esta escapo y no muero...

DANIEL. ¿Qué murmuras?
JACOB. Ya me voy. (Se vá.)
DANIEL. Hénos solos.—Desechad
esa loca pretension.
LINDO. No he de retardar mas tiempo
mi venganza.
DANIEL. ¿Estais en vos?
JACOB. (Dios me valga, que defiendo
mi cabeza!)
(Ocultándose furtivamente en la enramada que hay detrás del banco.)
DANIEL. Esperad.
LINDO. No;
que temo esperar en vano.
DANIEL. Ser burlado es mi temor.
No temo encontrar la muerte,
temo perder la ocasion.
LINDO. La de hallar á ese hombre ansio.
Á verle... á insultarle voy,
y mi reto admitirá
si ama la ley del honor.
DANIEL. Os arrojarán de aqui;
mofa os harán.
LINDO. ¡Noble soy!
Dejadme.
DANIEL. Esperad.
LINDO. No.
DANIEL. Bien.
Rey Aben-Humeya, adios.
(Elevando al cielo la mirada.)
¡Tu hado infeliz te dió un hijo
de pequeño corazon!
LINDO. ¡Mentis! Alma grande tengo.
DANIEL. Lo que teneis es pavor.
LINDO. ¡Villano!
DANIEL. Asi os quiero ver,
y escuchad, si noble sois:
vuestro padre acaudillaba
la morisca rebelion,
y la grandeza muslímica
rey á vuestro padre alzó.
Dar libertad á sus pueblos

confiaba su valor,
y con la grey africana
esas sierras invadió,
gritando: «¡Guerra sangrienta
contra el cristiano opresor!»
No en vano sonó aquel grito
y repitieron su voz
Aben-Farax el primero,
y de Aben-Farax en pos,
vuestro tio Aben-Juar
y mi primo Aben-Abóo.
Pero un príncipe cristiano
aquel grito sofocó;
la muerte de Aben-Humeya
fué su primera ambicion;
muerto en fin, pueblos enteros
rindiéronse á su furor,
que á sus pueblos, vuestro padre,
lanzó el postrimer adios!
Y aun en esas montañas
retumba fiera su voz,
gritando al morir.—«¡Venganza
contra el cristiano opresor!»—
¡Descendiente de cien reyes,
si á tu rey no vengas hoy,
de tu padre Aben-Humeya
caiga en tí la maldicion!

LINDO. ¡Oh, callad! vuestras palabras
mas avivan mi rencor,
y siento mi voluntad
esclava de vuestra voz.
¿Qué debo hacer?

DANIEL. Secundar
mis planes. Volved en vos:
moderad vuestra impaciencia;
templad vuestro noble ardor,
y asestad golpe seguro!

LINDO. ¡No se tarde la ocasion!

DANIEL. Él vendrá aquí... vos entonces...

LINDO. ¡Así será!

DADIEL. ¡Bien por Dios!
¡Perezca don Juan!

LINDO. ¡Perezca!
JACOB. (¡Qué barbaridad! ¡Chiton!)
DANIEL. Prudente es irnos de aqui.
¿No habeis escuchado?...
LINDO. No.
DANIEL. En sitio mas retirado
trataremos...
LINDO. Vamos. (Desaparecen.)
JACOB. ¿Voy?
(Viniendo al proscenio.)
¿Los sigo? No, si me ven...
Mas, ¿y el Conde? Se acabó.
In nomine et patris filis... (Persignándose.)
¡No hay remedio... muerto soy! (Váse.)

ESCENA X.

D. JUAN, el CONDE.

JUAN. Déjame, Conde... no debo...
no puedo cual tú volar
á su encuentro... ¡déjame!
Necesito soledad.
CONDE. ¿De ella huis? ¡Qué bien en esto
se advierte vuestra bondad!
JUAN. ¡Déjame que oculte aqui
mi vergüenza y mi pesar!
¡Tú..: mas digno de esa gloria,
su pena consolarás!
¡Que ella olvide por tu amor
mi insensata crueldad!
CONDE. Fué breve error; mas ahora
su estado os reclama.
JUAN. ¡Ah!
Error fué el mio, que pudo
su triste estado agravar;
y asi debió ser... que Dios
á sí llamándola está.
Tal vez en sus altos juicios
ha llegado á decretar,
que ponga á su vida fin
mi calumnioso desman!

CONDE. No, desechad esa idea.
JUAN. Con ella quiero luchar,
nutriendo en mi pensamiento
la que ella acaricia mas:
la de salvar á su hijo.
Á propósito: hora es ya
que ese hombre salga de aqui;
con la vida ha de pagar
su crimen.
CONDE. Bien; mas ahora
Nativa á hablaros vendrá:
no huyais de ella...
JUAN. Bien; despues...
dejémosla reposar.
CONDE. Está aqui... nos ha seguido.
JUAN. ¿Dónde?...
CONDE. Quedóse detras,
mi seña aguardando... ved...
que pronto vió mi señal.

ESCENA XI.

NATIVA, D. JUAN, el CONDE.

Nativa llega entre anhelante y temerosa, y queda parada á conveniente distancia de D. Juan, segun lo marca el diálogo, guardando serena y respetuosa actitud.

JUAN. (Ap. al Conde.)
No te vayas.—¡Rojas tintas
de virtud velan su faz!
¡Pobre mártir... su actitud
justifica su bondad!—
¿Por qué silenciosa y tímida
asi los ojos bajais?
NATIVA. Porque el que gracia demanda,
asi la ha de demandar.
JUAN. ¿Vos mi gracia?
NATIVA. (Llegando hasta él.) Si merezco
distincion tan principal,
permite... que, sin enojos,

bese tu mano, don Juan.

JUAN. ¿Qué es lo que pedis, Nativa?

NATIVA. ¿Esto niegas?

JUAN. No, llegad. (Logrando dominarse.)
(¡Oh, qué bien mi aturdimiento,
qué bien castigado vá!)
Basta; que olvideis os ruego,
si antes pude á mi pesar...

NATIVA. No hablemos de ello... confieso
que anduve ligera asaz.

JUAN. (Con expansion.)
¡Sois un ángel! mas de mí
satisfecha hais de quedar,
cuando sepais que aqui guardo
al hijo que tanto amais,
para nutrir en su pecho
la fé cristiana.

NATIVA. ¡Ay, don Juan!
Dándome tan gratas nuevas,
¡cuánto consuelo me das!

JUAN. ¿Ansiais verle?

NATIVA. ¿Eso preguntas?

JUAN. Venid.

NATIVA. ¡Oh felicidad! (Alejándose con D. Juan.)

ESCENA XII.

NATIVA, D. JUAN, CONDE, JACOBILLO.

JACOB. ¡Señor! ¡señor!

JUAN. ¿Quién es?

JACOB. Yo.

JUAN. ¿Qué sucede?

JACOB. Perdonad...

NATIVA. ¿Qué pasa?

JACOB. Dejad que aliente...
¡no sé por dónde empezar!
¿Estamos solos? (Examinando la escena.)

JUAN. ¿Qué haceis?
¡Estais ante mí!

JACOB. ¡Es verdad;

y estar ante vos me pesa,
que estoy ante vos muy mal!

JUAN. ¡Ved lo que decis!

JACOB. Lo sé;
dije una barbaridad.
Delante de vos debiera
pensar que delante estais;
mas delante de vos vine
ansioso de adelantar,
y delante de vos pienso
en lo que viene detras.

JUAN. Sed breve.

JACOB. Breve y explícito,
que estoy por la brevedad.
Riesgo de muerte correis.

JUAN. ¿Estais loco?

JACOB. ¿Qué he de estar?
Lindo es el loco, señor;
bien publica su desman
que es hijo de Aben-Humeya.

NATIVA. ¿Qué dice?

JUAN. ¡Silencio! (Á Jacobillo.)

NATIVA. Hablad.

CONDE. ¿Por qué vos le dejais solo?

JACOB. ¿Solo... eh? ¡Qué he de dejar!
Sabed que vá acompañado
de un hombre de torva faz.

NATIVA. ¿Quién?

JACOB. Un infame, señora,
que á Lindo pervierte.

JUAN. ¿Hay tal?
Impedidlo vos... buscadle;
¿por qué asi le abandonais?

JACOB. Porque el otro y él lo ordenan;
porque ambos de acuerdo estan,
y ambos meditan un crímen...
horrible... descomunal!
Él impaciente y altivo,
el otro fiero y audaz,
cuando él mas se encoleriza
el otro le azuza mas;
y él lleva un puñal oculto,

que el otro le hizo enseñar.
Entre el otro y él halléme
aqui mismo poco há.
Él nada me dijo; el otro,
con imponente ademan:
«¡Si te hallo otra vez; si hablas
de mí, tiembla! ¡Véte ya!»
Salí; volví sin ser visto,
y á los dos logré espiar.
Echaron á andar; seguílos:
Paráronse, y yo detrás.
El pobre Lindo... exclamó:
«¡Quiero vengarme!»—«¡Matad!»
dijo el otro.—Y él, «¡venganza!»—
Y el otro, «¡golpe mortal!»
Él calló entonces; y el otro...
aun me parece escuchar
su voz; dióme horror su acento;
púsome miedo su faz!...
«Todo nos ayuda,—dijo—
el sitio... la soledad...
Poco hace aqui le dejé;
aqui le habeis de encontrar.
Despues... la alarma... el desórden...
nuestra fuga auxiliará,
cuando muerto á vuestros pies
caiga el príncipe don Juan.»—
El desventurado Lindo
se alejó fiero y audaz;
el otro quedóse allí
satisfecho de su plan...
Y yo entonces... espantado,
y con angustioso afan,
os busco... os hallo por dicha,
y os cuento el caso. ¿Qué tal?

NATIVA. ¡Oh desventura!

JUAN. (¡Infeliz!)
(Contemplando á Nativa.)

NATIVA. ¿Dónde se encuentra?... Guiad. (Á Jacobillo.)
Nadie me siga.
(Deteniendo á D. Juan y al Conde.)
Su madre,

su madre á su encuentro vá.
(Váse precipitadamente, seguida de Jacobillo.)

JUAN. ¡Conde, mi órden ejecuta!
(Váse el Conde tras de Nativa.)

ESCENA XIII.

D. JUAN.

¡Ay! ¡Cuánta infelicidad!
¡Pobre Nativa! Tú en mí
pensaste consuelo hallar,
y desde que á mí llegaste
creció tu amargura mas!
Seguirla quiero... ¡Imposible!
La desdeñara el rapaz
en mi presencia. No, que ella
con enojo maternal
salga á su encuentro, y que allí
le dé en sus brazos lugar!
¡Ay! ¡Para arrostrar la muerte
(Dejándose caer en el banco.)
con fria serenidad
en el sangriento combate,
esforzados pechos hay!
Mas que sostengan la lucha
que esa mujer singular
toda una vida sostiene...
pocos... muy pocos habrá;
que en ella mi pobre espíritu...
no puede... no puede entrar!
(Quédase abatido, á tiempo que asoma Lindo por el foro izquierda en acecho de D. Juan.)

LINDO. ¡Él es!... ¡Y está solo!... ¡oh dicha!

JUAN. Do quier la fatalidad
vá con ella.

LINDO. ¡Ea! ¡valor!
Llegó tu hora, don Juan.

ESCENA XIV.

D. JUAN, LINDO.

LINDO. ¿Qué dudo?
(Despues de examinar un momento la escena.)
¡Este es el momento!
Los altos juicios de Dios
guiarán mi brazo... ¡muera!
(Á tiempo que Lindo levanta el brazo, se oye el grito de Nativa, que sorprende la accion de Lindo desde el foro. Este queda anonadado en tal actitud, delante de D. Juan, que está de espaldas á él, quien no se apercibe de la presencia de Lindo hasta que le rechaza con la palabra.)

ESCENA XV.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

NATIVA. ¡Hijo! (Desde el foro.)
LINDO. ¡Dios mio! ¡Esa voz!...
NATIVA. ¡Hijo! (Llegando.)
JUAN. ¡Desdichado!
LINDO. (¡Ella!)
NATIVA. ¡Un puñal! ¿Qué intentas?... ¡Oh!
¡Arroja el arma homicida!
(Lindo arroja el puñal, obedeciendo sobrecogido cuanto las frases de Nativa le ordenan, quedando despues en recogida y humilde actitud.)
¡Oculta el brazo traidor!
¡Inclina al suelo la frente!
¡Implora humilde perdon,
y á Dios pide que te absuelva,
que por mí te escucha Dios!
(¡Escúchale, Dios piadoso!)
(Llegando suplicante á D. Juan, que se halla sumamente conmovido, y mostrándole la actitud de Lindo.)
¡Y tú... mírale, señor!

¡Qué bien tembló en mi presencia!
¡Qué bien le impuso mi voz!
Mira su actitud... ¡Se humilla!
¡Se arrepiente!... ¿cómo no?
¡Llorando está!... ¿no lo ves?
¡Solloza!... ¡Su madre soy!
(Implorando con el gesto permiso para llegar á Lindo, lo que ejecuta con paso indeciso y entrecortada voz.)
¡Vamos... llega aqui! Ya vemos
tu arrepentimiento.

LINDO. ¡Oh!
(Alzando á ella los ojos.)
¡Madre!

NATIVA. (¡Hijo mio!) Ven...
(Tendiéndole los brazos.)

LINDO. ¡Madre!

NATIVA. ¡Hijo de mi corazon! (Quedan abrazados.)

JUAN. (¡Ya es feliz!... ¡Qué alma tan bella!
¡Quién igual ternura vió!)

NATIVA. ¡Siento el alma enajenada
de consuelo bienhechor!

LINDO. Madre... venid; de este sitio
á partir al punto voy.

JUAN. No hareis tal, sin que estrecheis
la mano que os tiendo. (Interponiéndose.)

LINDO. ¿Á vos? (Evitándole.)

NATIVA. ¡Es mi protector, mi amigo!

LINDO. No puedo aceptarla yo.
¡Salgamos de aqui!

NATIVA. ¿Qué has dicho?

LINDO. Tal es mi deber.

ESCENA XVI.

NATIVA, D. JUAN, LINDO, CONDE, DANIEL, escoltado.

CONDE. Señor,
cumplí vuestra órden.

JUAN. ¡Llevadle!

DANIEL. ¡Sacia en mí tu encono!

LINDO. ¡Oh Dios!
(Reparando en Daniel, á quien intenta llegar. Nativa y D. Juan se lo impiden.)
DANIEL. ¡Descendiente de cien reyes:
(Dirigiéndose á Lindo con énfasis.)
si á tu rey no vengas hoy,
de tu padre Aben-Humeya
caiga en tí la maldicion! (Se lo llevan.)

ESCENA XVII.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

Evitando en lo posible acotaciones que el buen criterio del actor sabrá suplir, queda esta consignada para recordar que es absolutamente indispensable que esta escena llegue á su fin rápida y entonada.

NATIVA. ¡Ah! ¡Mentira! ¡No lo creas!
LINDO. ¡Tened! (Desdeñándola.)
JUAN. Ser quiero desde hoy
tu amigo.
LINDO. ¡Indigna amistad!
¡Apartad! ¡Me dais horror!
¡Seguidme! (Á Nativa.)
JUAN. ¡Jamás! (Interponiéndose.)
NATIVA. ¡Dios mio!
LINDO. ¿Os poneis en medio vos?
¡Os aborrezco, don Juan,
con todo mi corazon!
NATIVA. (Se vá.)
LINDO. ¡Soy vuestro enemigo!
¡Odio eterno para vos!
¡Venid, madre!
JUAN. ¡Nunca! ¡Al templo
cristiano la llama Dios,
y allí la lleva don Juan!
LINDO. ¡De allí iré á sacarla yo!
¡Adios! (Sale precipitadamente.)
JUAN. ¡Seguidle!
(Á Jacobillo que se halla en el fondo.)

NATIVA. ¡Piedad!
JACOB. ¡Yo respondo de él, señor!
(Saliendo detras de Lindo.)
NATIVA. ¡Se vá!
JUAN. ¡Nuestra fé le aguarda!
NATIVA. ¿Quién guiara sus pasos?
JUAN. ¡Dios!
(Quedando en solemne actitud, ante Nativa que cae abatida á sus pies.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Locutorio del convento de Santa Isabel en Granada: decoracion cerrada. Detras del lienzo de la derecha se supone la iglesia: una puerta en segundo término dá paso al coro: otra puerta enfrente dá al exterior: una ventana en primer término. El lienzo de la izquierda forma un ángulo frente al público, con una puerta que conduce al patio del convento. Grada de hierro en el fondo, por la que se vé en perspectiva el claustro del convento.

ESCENA PRIMERA.

JACOBILLO, LINDO.

Al levantarse el telon óyense los ecos del órgano, que empieza una melodia pausada y suave, y poco despues los acentos de un canto lejano, que significa ser el de las monjas.

JACOB. Entra sin miedo; no hay nadie.
LINDO. ¿Adónde me llevas?
JACOB. Ven.
Mira: este es el locutorio.
Allí estan las monjas; ¿ves?
(Señalando al fondo)
Y este es el coro; ¡qué lástima!
no se puede entrar.
LINDO. ¿Por qué?
JACOB. Es privado donde hay monjas...
Las monjas no hablan... ni ven;

tienen muchas privaciones.
¡Hay aqui una rigidez!
¡Vaya! Cuando ven á un hombre
echan todas á correr...
no presumas que á su encuentro,
al contrario, huyendo de él.
Desde aqui se vé la huerta;
(Llegando á la ventana.)
mira el jardin... aquel es.
¿No vienes?

LINDO. Vamos de aqui.

JACOB. ¿Adónde?

LINDO. Á la calle.

JACOB. ¿Qué?
¿No quieres ver á tu madre?

LINDO. Á ella sola.

JACOB. Haces muy bien.
Por eso te traje aqui.
Abajo en la iglesia... ¡qué!
estaba orando, y el príncipe
la acompañaba... Tal vez
cuando venga aqui...

LINDO. ¿Á qué viene?

JACOB. ¡Toma! Á darse á conocer.
La comunidad la espera.
La madre Abadesa fué
enterada por el príncipe...

LINDO. ¡Siempre ese hombre!

JACOB. Eso es.
Y como él trae á tu madre
para que habite este eden...
pensionada por supuesto,
que no profesa. ¡Pardiez!
¡Vá á ser por ella el convento
poderoso!

LINDO. ¡No ha de ser!
Mi madre saldrá de aqui;
á eso vengo.

JACOB. Haces muy bien.
(Si no apoyo me sacude.)

LINDO. ¿Subirán pronto?

JACOB. Si á fé;

cuando acaben de rezar.
La oracion cristiana es
muy breve. Justo es que rece;
tu madre es cristiana fiel.

LINDO. ¡Bien lo lloro... que es mi madre!

JACOB. Cede tú...—Vamos á ver:
aqui tienes un ejemplo;
juzga tú por lo que ves.
¡Tu madre es muy desdichada!
Primer punto; que es mujer.
Segundo; tú buscas guerra,
no eres cristiano...—Haces bien.
Sin tí, sin paz, sin asilo,
aqui la cristiana ley
la previno una morada
donde consagrar su fé.
¿Y hay lugar mas apacible?
¿Hay asilo como él?
Hay aqui un misterio tan...
no acierto á decir cómo es;
pero se aspira un ambiente
tan consolador... y... ¿eh?
El aroma del incienso...
y los cánticos... á fé
que tienen goces las monjas
que los envidiara un rey.
De buena gana entre ellas
viviría yo tambien.
(No se enfada.) ¿Adónde vas?

LINDO. Vóyme... ¡me ahogo!...

JACOB. Tal vez...
¿quieres bajar al jardin?

LINDO. Bajemos.

JACOB. Por aqui es.
Allí hablarás á tu madre;
yo vendré á avisarla... ¿eh?
¡Calla! la madre Abadesa...
el príncipe llega. Ven. (Desaparecen.)

ESCENA II.

La ABADESA, el CONDE.

CONDE. Si dais permiso... (Desde la puerta izquierda.)
ABAD. Adelante.
(Saliendo á su encuentro.)
CONDE. En busca vuestra llegué,
madre mia. (Besándola la mano.)
ABAD. En ello, Conde,
singular honra me haceis.
CONDE. Al príncipe, mi señor,
precedo. Órden del rey
le obliga á partir hoy mismo
de Granada; ¿advertireis
de ello á la comunidad?
El príncipe vendrá á hacer
ahora la presentacion
de la nueva hermana.
ABAD. Bien.
¿Conque hoy parte de Granada?
CONDE. Hoy mismo.
ABAD. ¡Cómo ha de ser!
Profundo es mi sentimiento,
y grande ha de ser tambien
el de la hermana Nativa.
CONDE. Quedando con vos...
ABAD. Si á fé;
nuestro amor cuidará de ella,
y mucho lo há menester;
pues segun el doctor dijo
inútil la ciencia es
para curarla; no hay forma
de animar el rostro aquel.
Tres dias hace que vino,
y no ha querido en los tres
tomar alimento alguno.
¡Ah! si; á mis ruegos ayer,
probó apenas un almibar
con bizcochos, y despues
conmigo habló grande trecho,

y me sonrió tambien,
tanto, que hallé sonrosada
al fin su pálida tez;
mas tornó á callar de nuevo,
de nuevo á palidecer,
y mirándome extasiada
quedóse dormida.

CONDE. ¿Y bien?
El doctor tiene esperanza...

ABAD. ¡Em! ¿No hablasteis vos con él?

CONDE. Hoy no le he visto.

ABAD. Pues hoy,
más animado le hallé;
bajar permitió á la enferma
hasta la iglesia.

CONDE. ¡Oh, placer!
El doctor tiene esperanza,
no hay duda; pronto vereis
restablecida á Nativa.

ABAD. Infinito es el poder
de Dios, Conde, y su bondad
es infinita tambien.
Cuanto en Nativa disponga,
para bien de ella ha de ser.
(Las monjas se dejan ver en las gradas.)
Ved ya la comunidad
reunida; antes dicté
el órden preciso. Dios
sea con vos.

CONDE. Guárdeos él.—
Esperad, madre Abadesa;
que el príncipe llega ved.

ESCENA III.

NATIVA, D. JUAN, CONDE, ABADESA, MONJAS.

ABAD. Señor... (Llegando á besarle una mano.)

JUAN. No. (Deteniéndola.)

ABAD. Que os premie Dios.

JUAN. Madre... la vuestra me dad.

NATIVA. Yo, madre mia...

ABAD. Llegad.

(Extendiendo el brazo derecho sobre Nativa)

La santa paz sea con vos.
Señor y príncipe amado,
quereis que os sirvan... iré...

JUAN. No, madre; me detendré
breve instante á vuestro lado.

ABAD. Sin embargo...

JUAN. Perdonad.

ABAD. Como vuestra alteza quiera.

JUAN. Antes de partir, quisiera
ver á la comunidad,
y ante vos...

ABAD. Es gran merced...

JUAN. Que á su nueva hermana vea.

ABAD. La comunidad desea
servir á su hermana.

JUAN. Ved.

(D. Juan conduce de la mano á Nativa. Las monjas se inclinan saludándola. D. Juan despues de volver el saludo, se dirige con Nativa á la Abadesa, que se halla á la izquierda en segundo término.)

Os la entrego, madre mia,
como á prenda de mi amor.
Don Juan fué su protector,
y el príncipe os la confia.
Al entregárosla á vos,
que será feliz concibo.

ABAD. Y yo de vos la recibo

(Tendiendo su mano á Nativa, que pasa á su lado.)

y amparo en nombre de Dios.
Siempre en mí hallará ternura.

JUAN. Fíólo á vuestra bondad.

ABAD. Volved, y á Dios elevad
himnos de paz y ventura.

(Dirigiéndose á las monjas, que desaparecen á su órden.)

NATIVA. ¡Madre!... ¡Oh!

(Besando su mano y con expresion de mucho cansancio.)

ABAD. ¿Os sentís mal?

NATIVA. Cansada... Buena me siento.

JUAN. Id: reposad un momento.
ABAD. Bien hareis.
NATIVA. ¿Venis? (Á D. Juan.)
JUAN. Si tal.
(D. Juan acompaña á la Abadesa, que entra en el coro.)

ESCENA IV.

D. JUAN, JACOBILLO, que aparece en la puerta frente al público.

JACOB. Si dais permiso... yo soy...
JUAN. Llegad.
JACOB. Llego reverente.
De Lindo inmediatamente
á daros noticias voy.
Lindo es un ángel... prescindo
de su orígen... que deploro;
mas si hay algun ángel... moro,
ese ángel debe ser Lindo.
Ya de él en nada me quejo,
que su trato me enamora.
En el jardin queda ahora.
Hablando solo le dejo.
Á vuestro mandato fiel,
constante á su lado fuí,
y ya él no se halla sin mí,
ni yo me hallo sin él.
Y por mas que no me cuadre
oirle, su voz me domina.
JUAN. ¿De qué os ha hablado?
JACOB. Se obstina
en no seguir á su madre.
En este punto atropella
por todo.
JUAN. Aqui la ha seguido.
JACOB. Si, mas dice que ha venido
para que le siga ella.
JUAN. (Dirigiéndose á la ventana.)
Mirad: aqui se dirige.
Con él quedais...

JACOB. Descuidad.
JUAN. Y escuchadle...
JACOB. Si en verdad,
como la ocasion lo exige.
(Acompañando á D. Juan que èntra en el coro.)

ESCENA V.

LINDO, JACOBILLO.

JACOB. Oigámosle. Sangre fria...
sonrisa en los labios... y...
Cómo ha de ser.—Ven aqui.
LINDO. ¿Eres tú?... ¡Qué hermoso dia!
JACOB. ¡Mucho!
LINDO. En esos corredores
aspiraba enajenado
el ambiente, perfumado
por las campesinas flores.
¿Viste sitio mas ameno?
(Llevándole á la ventana.)
¡Allá la sierra gentil,
vertiendo torrentes mil
de su inagotable seno!
¡Mas acá, el manso arroyuelo
que hermosea esas llanuras,
retrata en sus aguas puras
el diáfano azul del cielo!
¡Allí la acacia florida
exhalando aroma suave,
donde trina alegre el ave
en sus ramas escondida!
¡Y aqui, mira esa pradera;
parece una inmensa flor!
¡Todo aqui respira amor!...
¡Salve... rica primavera!
JACOB. ¡Bravo pico! hablaste á fé...
LINDO. Oí á las monjas cantar.
Mira... me han hecho llorar
(Llevando una mano á sus ojos.)
los cánticos que escuché.
JACOB. Son muy bonitos.—Y dime:

¿cortaste esa rosa?

LINDO. ¡Si!
¡Es para mi madre! Aqui
su desventura me oprime.

JACOB. ¡Ya!... como tú huyes de ella...

LINDO. Es que... mira, yo te quiero;
tú eres mi fiel compañero,
tú compadeces mi estrella!
Ella huye mi afan prolijo.

JACOB. Á veces... cuando es forzosa...

LINDO. ¡No!... una madre amorosa
debe seguir á su hijo!
Me seguirá.

JACOB. Hará muy bien.

LINDO. ¿Verdad que tengo derecho?

JACOB. ¡Bah!

LINDO. ¡Me seguirá!

JACOB. De hecho.

LINDO. ¡El cielo te escuche!

JACOB. Amen.

ESCENA VI.

NATIVA, LINDO, JACOBILLO.

NATIVA. (Aqui está!)

LINDO. (¡Mi madre!)

JACOB. ¡Hola!
Aqui estabamos los dos
en paz y en gracia de Dios.
¿De dónde venis tan sola?

NATIVA. Déjanos.

JACOB. Muy bien.—Ahora
os vá á dar Lindo... mirad,
vuestra es esa flor; ¿verdad? (Á Lindo.)
Adios, Lindo. Adios, señora.

ESCENA VII.

NATIVA, LINDO.

NATIVA. Dame esa flor...

(Despues de contemplarle un momento, algo separada de él.)

mia es.

LINDO. Es vuestra... tomadla. (Extendiendo el brazo.)

NATIVA. No,
no quiero tomarla yo:
quiero que tú me la des.
(Lindo lleva la rosa á su madre, que al tomarla le abraza con efusion.)
¡Hijo mio!

LINDO. ¡Por mi vida!
(Desprendiéndose de Nativa y contemplándola detenidamente.)
¡deja que absorto te mire,
y contemplándote admire
cuánto estás desconocida!
Dos años há que partí
de Granada; pero á fé,
cuando há tres dias te hallé
tal mudanza no advertí!
¡Cuánto en dos años cambiaste!
¡Nunca sentí pena igual!
¡Ay! ¿Por qué para tu mal
de mi lado te alejaste?
¡Pálidos los labios rojos!
¡desfigurado el acento!
¡entrecortado el aliento!
¡rojos de llorar los ojos!
¿Qué sientes?

NATIVA. ¡Dicha á tu lado!

LINDO. ¡Me engañas, madre, me engañas!
Entre las gentes extrañas
con quien te hallé, has enfermado.
Dígalo la tez helada
de tu pálido semblante,
y tu planta vacilante,
y tu indecisa mirada!

NATIVA. Es tanto lo que escudriñas...
y qué tono tan severo. (Sonriendo.)

LINDO. No; que hablar de tu amor quiero.

NATIVA. Habla pues... ¡mas no me riñas!

LINDO. No. Y aunque mi nombre aqui

vá cruelmente ofendido,
yo mis ofensas olvido
para consagrarme á tí.
Para tí hice preparar
en la Vega de Granada,
la mas alegre morada
que te puedes figurar.
¡En esa mansion de amores
renacerá tu alegria!
¡Tiene un jardin, madre mia,
lleno de frutas y flores!
¡Allí nuestro bien está,
y ocultos allí los dos,
tu alivio pediré á Dios,
y Dios me le otorgará!
¡Y cuán feliz me has de hacer,
y cuánto bien te he de dar,
y cuánto te he de cuidar,
y cuánto me has de querer!
Recursos tengo ademas;
tengo ingenio, tengo fé,
y mas aun trabajaré...
para regalarte mas!
Á tu voluntad rendido,
la adivinaré en tus ojos.
Satisfacer tus antojos
será mi afan mas cumplido.
La alegria que en tí vea,
esa será mi alegria;
y atormentará la mia
la pena que en tu alma lea.
Ven allí. Y si al fin merezco
que te obligue mi ternura,
premia con igual ventura
la ventura que te ofrezco.
¡Ven! Alegria y dolor
partiré contigo allí.
¿Qué mas deseas de mí?
¿Qué mas pides á mi amor?

(Nativa, que ha escuchado á Lindo con inefable regocijo, hállase al decir los últimos versos contemplándole extasiada. D. Juan aparece en este momen-

to y quédase en el fondo contemplándola.)

NATIVA. ¡Nada, ángel mio!

LINDO. ¿Qué miras?

NATIVA. De amor y de gozo llena,
mirándote estoy.

LINDO. ¡Qué buena!

NATIVA. ¡Ay de mí!
(Clavando su mirada indecisa en Lindo.)

LINDO. ¿Por qué suspiras?
¿Qué sientes?

NATIVA. Me siento bien.
(Con marcadas señales de malestar.)

LINDO. Partamos de aqui. ¿Qué esperas?
¿Vamos?

NATIVA. Si; dondè tú quieras. (Inmóvil.)
Mas dáme tu apoyo. Ven.
(Quedan abrazados.)

ESCENA VIII.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

LINDO. ¡Ah! (Viendo á D. Juan y ocultando de él á Nativa.)

JUAN. ¡Bien! ¡Grupo encantador!
¡Una madre!... ¡un hijo!... ¡bien!
¡Es un grupo hermoso! ¿Á quién
no conmueve tanto amor?
¡Qué bueno sois!

LINDO. ¡Venid!
(Queriendo conducir á Nativa.)

JUAN. No.
Un instante... Retiraos. (Á Nativa.)

LINDO. ¡Conmigo! (Interponiéndose.)

JUAN. No; vos quedaos.
¡Ved que os lo suplico yo!
(Interrumpiendo á Lindo con acento cariñoso. D. Juan acompaña á Nativa, que entra en el coro, expresando grande satisfaccion de ver juntos á D. Juan y Lindo. Este se encuentra anonadado, y su actitud en la siguiente escena es en extremo sumisa y turbada. El acento cariñoso con que D. Juan le habla, hace en él profunda sensacion.)

ESCENA IX.

D. JUAN, LINDO.

LINDO. ¿Qué quereis de mí?
JUAN. Hijo mio...—
Deja que te llame asi:
quiero que no huyas de mí,
ni me escuches con desvio.
Nunca esquivó un pecho hidalgo
súplicas de un caballero,
y yo te suplico... y quiero
ofrecerte cuanto valgo.
LINDO. ¡Á mí!
JUAN. Á tí, que eres bueno;
á tí, que á tu madre adoras,
y ricas lágrimas lloras,
y estás de amargura lleno.
LINDO. ¡Dejadme!
JUAN. Luchas en vano:
gané ya tu voluntad;
que hay infinita bondad
en tu corazon cristiano.
LINDO. ¿Venis á enojarme?
JUAN. No.
Vengo á estimarte; ¿qué quieres?
Te tengo aficion, porque eres
desdichado como yo.
¡Yo mas! ¡que aun vela por tí
de una madre el amor santo!
¡Te quiere tu madre tanto!
¡Quiérela tú mucho!
LINDO. (Mirándole enternecido.) ¡Si!
JUAN. ¡Cuánto por tí suspiró
noche y dia!... no te asombre;
una madre... ¡dulce nombre!
¡Yo no tengo madre!
LINDO. ¿No?
(Con infantil interés.)
JUAN. ¡No! ¡Y siento aqui un vacio!...
¡Ay! ¡son las madres tan buenas!

¡No des á la tuya penas!
¡Cuídala mucho, hijo mio!

LINDO. ¡Mucho! (Mirándole mas conmovido.)

JUAN. Fio en tu cariño.
¡Está enferma! (En tono confidencial.)

LINDO. ¡Enferma!
(Con amarga conviccion.)

JUAN. ¡Oh!
y eres tú la causa.

LINDO. ¿Yo?

JUAN. ¿Lo ignoras?... ¡eres tan niño!

LINDO. ¿Qué tiene?

JUAN. Su mal es grave;
lleva en el alma el dolor...
y ello, en fin... siento temor...

LINDO. ¿Temor? ¿qué temeis? (Sobresaltado.)

JUAN. ¿Quién sabe?
Su continuo malestar...
¿Ves esta cruz en mi pecho?
(Lleva una cruz de oro pendiente del cuello.)
¡Esta cruz recuerda un hecho
que hace á tu madre penar!

LINDO. ¿Cuál?

JUAN. Vá siempre en su memoria
una historia habida aqui...
¿quieres escucharla?

LINDO. Si. (Con afan.)

JUAN. Pues empiezo: oye la historia.—
Vivia en esta ciudad
una dama noble y bella
con tanta infélicidad,
que vivió, tal fué su estrella,
en continua soledad.
Madre fué... ¡y no bien llegada
tal dicha, perdióla luego!
¡Madre fué desventurada!
Tuvo un hijo la cuitada,
y nació aquel hijo ciego.
Y un sol y otro amanecia
dorando aquellas montañas,
y pasó un dia... otro dia...
y el hijo de sus entrañas

la luz del sol no veia!
Sus negros ojos velaba
siniestro y oscuro manto;
¡la pobre madre lloraba...
y en los ojos adoraba
que nunca vieron su llanto!
Quiso curarle... «Ten,» dijo,
«santa luz presta esta cruz;
(Mostrando la que lleva al pecho.)
reza y sanarás.» ¡Y el hijo
rechazó este crucifijo
que diera á sus ojos luz!
«Hijo, reza!»—Él se negó.
Rogó el maternal cariño;
con lágrimas suplicó...
y el desventurado niño
la súplica desoyó.
Rogó mas... Inútil ruego;
y al fin, perdido el sosiego,
postróla horrible agonia...
¡ay! ¡sin ver el niño ciego
que su madre se moria!
¡Vivir con su hijo esperó
vida muy larga y feliz!
Triste y jóven... espiró!

LINDO. ¿Murió al fin?

JUAN. Al fin murió!

LINDO. ¡Pobre madre!

JUAN. ¡Hijo infeliz!
Su desdicha fué mayor.
¡Solo... sin guia en el mundo,
sin la madre de su amor!...
¡Nunca pruebes tan profundo
dolor, como su dolor!
(Lindo se halla sumamente conmovido; D. Juan le trae á sí.)
¡Tu madre solo en tí espera,
y con delirio te quiere!
Aleja su hora postrera.
Tu pobre madre se muere...
¡ay, que por tí no se muera!
¡Esta cruz la salvará,

(Quitándosela del pecho.)
y á tus ojos dará luz!
(Lindo se apodera con afan de la cruz, que besa anegado en llanto, á tiempo que prorumpe dentro el órgano en una melodia, y aparece Nativa sumamente débil y fatigada en la puerta del coro.)
¡En ella tu dicha está,
adora esa santa cruz
y tu madre vivirá!
¡Reza con afan! ¡Dios mira
tu fervorosa oracion!
¡Llora... hijo mio... suspira!
(Estrechándole entre sus brazos.)
Ven. ¡Cuánta bondad respira
tu afligido corazon!
¡Llora mas!

ESCENA XI.

NATIVA, D. JUAN, LINDO.

NATIVA. ¡Dios mio!
JUAN. ¡Ten!
(Poniendo la cruz en el cuello de Lindo.)
NATIVA. ¡Reza... reza con afan! (Llegando hasta el.)
LINDO. ¡Madre de mi alma! (Grito de expansion.)
NATIVA. ¡Ven! (En sus brazos.)
¡Bendito seas, don Juan!
¡Bendito seas amen!
LINDO. ¡Madre mia!
NATIVA. ¡Hijo del alma!
LINDO. ¡Perdon!
NATIVA. ¡Ángel de mi vida!
LINDO. Tu largo penar olvida;
vuelva á tu pecho la calma:
¡no llores, madre querida!
NATIVA. ¡No lo creas! ¿Llorar yo?
(Tornando á quedar en éxtasis.)
¿Y por qué? Nada hay que altere
mi reposo... (Desfalleciendo.)
JUAN. ¡Cielos!
(Conduciéndola al sillon, donde cae desfallecida.)

LINDO. (Interponiéndose.) ¡Oh!
¡Se muere, señor, se muere!

JUAN. ¡No, hijo de mi alma, no!
(Desviándole de Nativa con dulzura. D. Juan llega á la puerta del coro, donde se presenta la Abadesa. Las monjas se dejan ver arrodilladas detras de la grada.)

NATIVA. ¡Ay! ¡cuánta felicidad!
(En tranquila y dulce agonia.)

LINDO. Ya por la tuya recé:
¡sé feliz!
(Viniendo al proscenio y besando la cruz de rodillas.)
¡Dios de bondad,
bendice mi amante fé!

JUAN. Venid.
(Llegando en socorro de Nativa con la Abadesa.)

NATIVA. ¡Silencio! ¡Mirad!
(Incorporándose con lentitud y siguiendo mentalmente la oracion de Lindo.)

LINDO. ¡Santa cruz, por Dios creada!
¡Símbolo de redencion!
¡Yo te adoro, cruz sagrada!

NATIVA. ¡De pureza inmaculada
brota fé en su corazon!...
¡Es la luz del bien!... ¡Contrito...
se postra ante Dios de hinojos!
¡Bendito es de Dios... bendito!
Se vá...
(Como queriendo quitar un velo que cubriera sus òjos.)
Se oculta á mi vista...
No... está allí... (Cae en el asiento.)
¡Gozo infinito
me embarga el verle!...

JUAN. ¡Nativa!

NATIVA. ¡Partiré con él!... Le creo...
(En profunda abstraccion.)
No condenes su deseo...
(Buscando á D. Juan.)
y no le mates... ¡que viva!...

JUAN. ¡Oh! ¡Dios mio!

NATIVA. ¡No le veo!
(Pasando repetidas veces las manos por los ojos.)
¡Allí! (Señalando al cielo.)
¡Qué dicha la mia!...
Allí felices los dos
viviremos... ¡Oh alegria!...
¡Oh!...
(Quédase inmóvil con la vista clavada en Lindo.)

JUAN. ¡Nativa!... ¡Inmóvil!... ¡Fria!...
¡Muerta!!
(Cae abatido á sus pies. La Abadesa ha llegado á Lindo, que se halla en profundo recogimiento, y poniendo sobre su cabeza la mano izquierda eleva al cielo la derecha, como trayendo hácia Lindo la bendicion.)

ABAD. ¡Bendito de Dios!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que se autorice su representacion.

Madrid 21 de Agosto de 1861.

El censor de teatros.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

laria.
1818.
vista de pájaro.

lanco.
se entiende, ó un hom-
do.
contra nobleza.
o oro lo que reluce.

de enmienda.
io revuelto.
por él.
idas las de honor, ó el
ío del Cid.
ería del jardin.
caballero es D. Dinero.
eniales.

ido al Coronel!...
cho abarca.
te la mia!
el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato á quemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

y Medoro.
buena ley.
as feo.

la Gitana.
Marte.
lora.

ndo.
iquita.
anto, ó el Alcalde pro-

ler.
no.
de una ópera.
ro y la maja.
del hortelano.
y en Marruecos.
n la ratonera.
mono.
de carnaval.
(drama lírico.)
on de la Rioja *(Música)*
de de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.

ccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40,
gundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Palomares.
Badajoz	Rino.
Barcelona	Hered.ª de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	V. de Moraleda.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Garcia Alvarez.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Garcia.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Murcia	Hered.de Andri
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Mántaras.
Palencia	Gutierrez é hij
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Meneses.
Sanlúcar	Esper.
Santa Cruz de Tenerife	Power.
Santander	Laparte.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Pujol
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Moles.
Valladolid	H. de Rodrigue
Vigo	Fernandez Dios
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Galindo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	V. de Heredia.